

Sweet Symphony

Ginny Bennet



Sweet Symphony
Ginny Bennet

Derechos de autor © 2020 Virginia Rodríguez Ortiz
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ASIN:

Diseño de la portada: © Marvin Yke

Dedicado a maridín por vivir aventuras conmigo.

Contenido

[Negación](#)

[Aceptación](#)

[Linz](#)

[Melk/ Dürnstein](#)

[Viena](#)

[Bratislava](#)

[Esztergom](#)

[Budapest](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del autor](#)

Negación

Hacia un tiempo que Mónica Coleman había perdido el Norte, pero el único que se había dado cuenta de ello era Miguel, su amigo de la infancia y médico de cabecera.

—Mónica estás agotada física- y mentalmente, necesitas romper con todo por algún tiempo.

—Pues yo no noto nada de nada. Es más, estoy súper relajada —comentaba mientras quitaba malas hierbas de su jardín vertical.

Ambos estaban tomándose un vino en la terraza del ático que poseía Mónica en pleno barrio de Salamanca, en Madrid.

—Hay dos cosas que me indican que eres muy optimista respecto a tu valoración. Una, que estás como loca quitando malas hierbas en vez de estar aquí sentada conmigo. Y otra, que no hayas tenido ni un minuto para pasarte por mi consulta y haya tenido que venir yo a tu casa para poder explicarte un simple análisis de sangre.

—Pero, ¿qué dices? ¡Si vives en el mismo edificio! No te cuesta nada —dijo Mónica volviendo a la mesa y cogiendo su copa de vino.

—Ya, pero esa no es la cuestión, además yo también tengo otras cosas que hacer, ¿sabes?

—No te quejes, que te encanta venir a mi casa.

—Eso es porque tu terraza es más grande que mi piso entero —dijo Miguel mirando a su alrededor.

Y ambos se echaron a reír.

Mónica Coleman era española de padre americano. De ésas que tiene la suerte de poder tener doble nacionalidad y estudiar donde le plazca. Su familia generaba dinero y más dinero a medida que pasaban de generación en generación.

Mónica quiso estudiar ingeniería informática y lo hizo viajando. Unos años estudiaba en una universidad de Inglaterra, otros, estudiaba en otra de Estados Unidos... Hacía tres años que había montado su propia empresa. Como ocurría con el resto de su familia, ella también tenía suerte y capacidad innata para los negocios, así que su empresa en poco tiempo ya le reportaba grandes dividendos a cambio de muchos días sin dormir, por supuesto. Pero eso a Mónica, de momento, no le importaba, ya que era su vida profesional la que más le reconfortaba. Del resto era mejor no hablar.

Siempre había vivido rodeada de lujo y dinero y esta época tampoco era una excepción. No tenía mayordomo en casa ya que le gustaba mucho su independencia, pero sí tenía un jardinero, Julio, y una cocinera, Nora, que le hacía la comida y se la dejaba en el congelador para que luego Mónica sólo tuviese que calentarla. ¡Ah! Y de paso, limpiaba la casa.

Miguel Ramírez era su vecino de la infancia y con el que empezó a jugar y a tontear hasta que se dio cuenta de que eso de las chicas no iba con él. Pero eso no impidió que su amistad se hiciese cada vez mayor. Miguel estudió medicina y en la actualidad es el jefe de medicina general de un hospital privado en Madrid.

Ambos se perdieron la pista en la universidad y posteriores masters, pero cuando Mónica se compró el ático en la calle Velázquez se encontraron en el ascensor. Fue como si esos años vividos separadamente no hubiesen existido. En pocas semanas, volvían a ser íntimos amigos.

Desde que se encontraron, la vida privada de Mónica se enriqueció, pues dos solteros en la noche madrileña daban para mucho. En esos momentos, como era lo más habitual, ninguno de los dos tenía pareja, así que se veían más a menudo. En realidad, Mónica hacía varios años que no tenía pareja, la última ruptura le había hecho concentrarse en su empresa y no tenía tiempo para pensar en nada más.

—En serio, Moni, necesitas un descanso mental y ya, de paso, físico. Creo que deberías irte unos días de vacaciones —seguía diciendo Miguel.

—¡Tú estás loco! ¿Cómo quieres que me vaya ahora de vacaciones? ¡Si tengo todo a medias! Por ejemplo, el lunes viene el horticultor para empezar a crear mi huerto vertical —dijo toda ufana mientras daba un sorbo a su copa.

—¿Huerto vertical? No lo había oído en la vida.

—Jajajaja ¿A que es original? Se me ha ocurrido que si puedo tener un jardín vertical seguro que puedo encontrar productos de huerta que crezcan en vertical, también. ¿No sería magnífico?

—Me suena a que la gravedad va a hacer de la suyas, pero siempre has ido por delante, así que estoy seguro de que lo intentarás hasta el final. De todas formas, lo que te estoy proponiendo no es para irnos hoy o este fin de semana. Lo que quiero es que lo vayas pensando y te organices unos días libres para hacer que tu mente descanse un poco. Porque me imagino que puedes dejar a alguien a cargo de tu empresa, ¿no?

—Por supuesto que puedo hacer eso, pero justamente estos días estoy con un desarrollo muy importante. Si yo no estoy encima, la calidad del trabajo varía y no me lo puedo permitir con este cliente.

Hubo otro silencio provocado por Miguel. Sabía perfectamente que si Mónica no decía un no a la primera, siempre había más posibilidades de que hubiese un sí. Solo necesitaba que la idea germinase en su mente.

Continuaron tomando el vinito en la terraza. Esa noche era muy agradable, de vez en cuando se notaba un vientecito suave, síntoma de que el verano andaba cerca. En Madrid pocas veces puedes ver las estrellas, pero si miras detenidamente hacia el cielo en un entorno oscuro, consigues vislumbrar alguna de las más potentes. Esa noche la luna era llena y preciosa, iluminaba algunos de los tejados cercanos que componían el skyline de Madrid. Habría sido una gran velada romántica si no fuera porque no estaban interesados el uno en el otro de esa forma. Ellos eran familia.

Aceptación

Un día cualquiera en la vida de Mónica comenzaba con un despertador a las 6:30 de la mañana. Antes de saltar de la cama repasaba las cuentas de e-mail y contestaba los mensajes. Creaba o alteraba la agenda del día para que su asistente ya tuviese las modificaciones a su llegada a la oficina y acto seguido se subía a la elíptica. Mientras hacía 45 minutos de ejercicio, veía las noticias desde su Smart TV, que estaba colocada estratégicamente delante de la máquina elíptica. Al terminar, hacía unos cuantos estiramientos de pilates para relajar los músculos tensos.

Sí, fue un mes a Pilates, se aprendió las tablas y ahora las practica en casa para hacerlas cuando a ella le va bien, no cuando otros programen las clases. Así es Mónica Coleman.

Al terminar se da una buena ducha y se bebe un batido cuyos ingredientes dependen de la última moda en batidos. En esos días, era un batido de un color verde bastante repugnante porque tenía col rizada y menta entre otras cosas. Mónica se lo tomaba como si fuera una medicina, sin pararse a saborearlo, de lo contrario no sería capaz de tragárselo.

Siempre vestía en tonos grises combinados con blanco para ir a la oficina. Para el resto de actividades, le gustaba ir a la moda y meter algo más de color a su vestuario. A las 8:30 ya estaba camino de la oficina. No tenía que andar mucho pues la empresa de Mónica estaba ubicada en la planta baja del edificio donde vivía. Muy conveniente para ella, por supuesto, por eso estaba allí.

Los días de Mónica eran casi todos iguales. Sentada y pegada a un ordenador. Reuniones online, algo de programación para arreglar algún estropicio hecho por alguno de sus empleados y muchas llamadas por teléfono y mensajes por WhatsApp. Al acabar el día no sabía ni como había llegado a las 6 de la tarde. Había días que ni recordaba si había comido o no.

Al finalizar la jornada laboral subía de nuevo a su casa. Normalmente abría una botella de vino, mientras su comida se calentaba en el microondas, salía a la terraza a sentarse si hacía buen tiempo, saboreando su copita de vino y sin dejar de mirar el móvil para ver los mensajes de última hora.

Entre esos mensajes, Mónica siempre se encontraba uno de su padre que le instaba, por no decir le obligaba, a hacerle un resumen de qué tal iba su empresa. Esos eran los mensajes que más le costaba contestar, pues tratar con su padre la hacía sentirse como una niña pequeña y sin experiencia. Mónica odiaba ese sentimiento, pero tampoco hacía nada para que su padre no se metiese en sus asuntos.

El padre de Mónica era una persona de éxito, por lo que era muy controlador. Si no lo hacía él, no estaba bien hecho. Y aunque ella ya llevaba muchos años viviendo de sus propios beneficios, su padre tenía que comprobar que su niñita era una triunfadora, para continuar asegurando el éxito de la estirpe Coleman.

Ese lunes por la mañana su rutina cambió ligeramente, pues venía el horticultor a ver el terreno. Cuando ambos salieron a la terraza y Mónica le dijo dónde quería la huerta urbana, Antonio, que era como se llama el horticultor, puso los ojos en blanco y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Está segura de lo que me está pidiendo?

—¿No cree que sea posible? He pensado que para que la tierra aguante podemos poner algunas jaulas o a lo mejor usted sabe de algo.

—Nunca he hecho una cosa así. Voy a necesitar pensar cómo hacerlo posible.

—Mire más allá y piense un poco, hombre, que vamos a innovar. —Mónica intentaba insuflar valor a Antonio.

—No, si innovador es —dijo Antonio rascándose la cabeza.

—Bueno, me tengo que ir a trabajar, le dejo aquí con Nora que ya ha llegado. ¿Cuándo me puede pasar el presupuesto?

—Todo depende de si encuentro qué cultivar y cómo hacerlo. Ya le contaré.

Mónica siempre iba por delante de todos, en modas, programación, decoración, ideas, ... Era algo que a fuerza de provocarlo se había hecho innato en ella. Necesitaba poder estar por delante de su padre en algunas cosas. En cualquier caso, esta vez era una de esas veces en las que se le había metido en la cabeza que tendría un huerto vertical y no pararía hasta conseguirlo.

Esa noche, al volver a casa, cuando estaba mirando hacia la pared donde Antonio había ya puesto algunas cintas para acotar los espacios, se sintió cansada por primera vez. Tener que convencer a la gente de alrededor para que hiciera lo que ella creía que era lo correcto o innovador empezaba a pasarle factura.

Su vida profesional iba viento en popa y era la mejor en su sector, pero en lo personal... Llevaba una época en la que su vida privada era bastante insípida de no ser por Miguel, y aunque Mónica tenía ganas de divertirse, no le llegaban las fuerzas. Eso la dejó más abatida. Se fue a la cama con un pequeño gusto amargo. Se dio cuenta de, que por mucho que le fastidiase, tenía que dar la razón a Miguel. Puede que sí necesitase esas mini vacaciones para *salir de la rueda del hámster*.

Al cabo de unos días, una tarde, Miguel subió corriendo a casa de Mónica y aporreó la puerta.

—Pasa, corre, que estoy con el horticultor —dijo Mónica abriendo la puerta y apartándose para que entrase.

—¿Qué?, ¿iba en serio? —y salió a la terraza detrás de ella.

Al salir a la terraza le entraron ganas de reír, pero por respeto al pobre Antonio, no lo hizo. El horticultor estaba rojo como un tomate subido a una escalera e intentaba hacer que la tierra no se cayese cada vez que enterraba una semilla o un brote. Mónica se negaba a que las plantas estuviesen en macetas colgadas, quería que pareciese como una tierra arada. Allí estaba, dando órdenes como si supiera de horticultura vertical de toda la vida.

Miguel decidió entrar a la cocina y ver si tenía alguna cosa para beber en la nevera. Esa cocina poseía la típica nevera americana, tan grande como un armario vestidor. Pocas cocinas pueden albergar monstruos de ese calibre. Miguel abrió la nevera y vio una jarra con un líquido verde viscoso que husmeó y volvió a dejar en su sitio después de hacer una mueca de asco.

Seguían llegando voces de la terraza. Antonio estaba desesperado intentando hacerle ver a Mónica que las cosas no funcionaban como ella decía. Pero Mónica no escuchaba en absoluto, la verdad es que lo hacía pocas veces. Sólo le suele interesar escuchar a la gente con la que tiene más confianza.

Cuando Miguel por fin encontró algo bebible, Mónica entraba por la puerta de la cocina con el pelo cubierto de tierra y cara de pocos amigos. Miguel la miró y no pudo evitar reírse a carcajadas. Mónica, lejos de enfadarse, no pudo contenerse ante lo absurdo de la situación y ambos acabaron desternillados.

Cuando por fin se calmaron, una cabeza asomó por la puerta de la cocina, era Antonio.

—Creo que por hoy hemos tenido suficiente. Además, hay que ver si nuestro invento funciona, lo dejaremos esta noche así para ver qué tal.

Despidieron a Antonio hasta el día siguiente y se quedaron en la cocina. Se notaba que Miguel

estaba de los nervios, pero quería hacerlo bien. Mientras abría la botella de vino que había encontrado, Mónica lo miraba con cara inquisitiva, pero no dijo nada.

—Vamos a la terraza, que hace una noche estupenda —propuso Miguel, copas y vino en ristre.

Aunque las estrellas eran difíciles de ver por la contaminación lumínica, se podía percibir un cielo despejado. Miguel dejó las copas en la mesa y se acercó al proyecto de huerto vertical para observar los avances, pero aquello parecía un campo de trincheras de la I Guerra Mundial desafiando la fuerza de la gravedad.

Le atrajo más el jardín vertical: rosas, musgo, enredaderas y algunas plantas irreconocibles pero muy verdes que estaban en pleno crecimiento. La verdad es que era un jardín muy original, aunque para Miguel eso no era un jardín.

—Bueno a ver, ¿qué te pasa? —Mónica ya no pudo más.

—¡Ya está! ¡Nos vamos de viaje! —dijo Miguel con la cara iluminada.

—¿Qué me estas contando? —Preguntó una escandalizada Mónica.

—La semana que viene partimos hacia Linz. Habrás estado programando tu parte, ¿no?

Mónica puso cara de incrédula.

—¡Venga ya! No, la verdad es que no me ha dado tiempo ni de hacerme a la idea. ¡Eres siempre tan impulsivo!

—Moniiiiiii, venga ... ¡No me digas que todavía no estás preparada para tomarte unos días!

—¡Tú estás loco! —Y se metió en casa diciendo que no con la cabeza.

—¡No! Necesitas un corte en tu vida, necesitas desconectar, necesitas dejar de estar estresada unos días. ¡Sólo 8 días! Te lo dice tu médico. —Sonrió—. ¿No puede ser que no puedas dejar la empresa en manos de alguien por unos días?

—¿Pero de dónde ha salido este viaje? Si quieres que me apetezca ir, me lo tienes que vender bien. ¡Así que desembucha!

En ese momento Miguel ya sabía que había ganado la batalla: Mónica no había dicho un no tajante, pero debía jugar bien sus cartas. Así que empezó a explicar en qué consistía el viaje.

—No te escandalices, pero vamos a hacer un crucero fluvial por el Danubio. Un amigo de un amigo de un amigo ... —y empezó a reírse— jajajajajaja no, mujer no pongas esa cara. Tonio, al que le avisé de que andaba buscando un viaje rapidito, me ha llamado. Me ha dicho que es un viaje muy agradable, el barco siempre para en el centro de las ciudades así que puedes visitarlas a pie. Me ha asegurado que nos va a encantar y que sólo quedan dos plazas para completarlo. Es perfecto, poco tiempo y haciendo algo relajadito, sin ser aburrido.

—Bueno, no está tan mal, me lo pensaré. Pero por ahora... ¿quieres quedarte a cenar?

—Si, claro que me quedo, pero no puedes pensártelo: ¡ya he confirmado! —Dijo un sonriente Miguel.

—¡¿En serio?! —Mónica se levantó de la silla como si tuviese un resorte. Miguel también saltó de la suya y comenzó a huir. Mónica le persiguió por la terraza. Eran como niños de colegio corriendo alrededor de la mesa para escapar el uno del otro. Cuando se cansaron de correr y acabaron exhaustos, se miraron y por fin Mónica aceptó el plan. En el fondo sabía que le sentaría bien.

Al cabo de una semana iban los dos de camino a Linz para embarcarse en La Dama del Danubio durante 8 días.

Linz

“Embarque en el puerto de Linz que está en el centro de la ciudad. Linz es la capital de la Alta Austria. Una preciosa ciudad barroca, situada entre Salzburgo y Viena. Alojamiento a bordo. Cóctel de bienvenida. Día siguiente libre para descubrir la ciudad y navegación nocturna hacia Melk”, leía Mónica en la descripción de su viaje, mientras sobrevolaban Europa, camino de Linz.

—Todavía no puedo creer que me hayas convencido para hacer esta locura.

—Jajajajaja No tenías alternativa. Cuando me pongo, me pongo.

En Madrid, el cielo era de un gris plomizo, cuando embarcaron a las siete de la mañana. No pudieron desayunar en el aeropuerto, pues estaba casi todo cerrado, así que Mónica tenía un humor de perros.

—¿Café o té? —Preguntó una servicial azafata cuando ya llevaban un rato en el aire.

—Café, si está recién hecho.

La azafata no dijo nada y rellenó uno de esos mini vasitos de cartón con un líquido oscuro que humeaba pero que olía como a café requemado.

—¿Por qué todo lo que se toma en un avión es de tan mala calidad? —se lamentó Mónica, bajito, para que sólo lo oyese Miguel— nunca me lo explicaré. Con lo que necesito yo un café ahora mismo. Miguel, no te acerques mucho que muerdo.

Miguel estaba medio dormido, ni siquiera la había oído.

Al llegar al aeropuerto de Linz, había un chófer esperando. Recogieron el equipaje y subieron al coche camino del puerto. Estaba lloviendo bastante, así que dieron gracias por tener reservado el traslado desde el aeropuerto.

De camino al barco pudieron tener las primeras impresiones de la ciudad de Linz. Tenía todas las características de una ciudad del norte de Europa, con sus edificios barrocos, cables que cruzaban las calles, los tranvías, ...

Al llegar al muelle, el chófer les indicó que el edificio de cristal que estaba en esa orilla del río era el Lentos Kunstmuseum Linz, el museo de arte moderno. Y les señaló que justo detrás, se podía ver cómo asomaba el antiguo ayuntamiento y la antigua catedral.

Al bajar del coche y mientras sacaba las maletas, les hizo fijarse en un edificio extraño con una fachada de cristal futurista que se encontraba en la otra orilla del río. Era el Ars Electronica Center —un museo que se centra en la sociedad, la tecnología y la vida del futuro—, sentenció, sonriendo y orgulloso de sí mismo. A continuación, los acompañó hasta la entrada del barco.

Al llegar frente a La Dama del Danubio, a Mónica se le abrieron los ojos como platos.

—¿Este es nuestro barco? —preguntó al chófer.

—Por supuesto, señora. Espero que tengan un buen viaje. —Le entregó las maletas y volvió hacia el coche.

Miguel no dijo nada, pero sonreía de oreja a oreja, sabía que le gustaría.

—No pensé que fuese tan bonito. —Mónica seguía admirando el barco sin avanzar ni un solo paso.

Era un buque alargado, de casco blanco con adornos y ventanas en madera de teka. Su silueta era bastante futurista para ser un crucero fluvial. Miguel la empujó literalmente y empezaron a

subir la escalinata hacia el barco.

—Bienvenidos a La Dama del Danubio. Estamos encantados de tenerles a bordo. ¿Sus nombres, por favor? —dijo un amable recepcionista, vestido con un uniforme de color azul marino muy pintón.

Mónica miraba alrededor como si acabase de descubrir el fuego. Así que fue Miguel el que contestó y en ese momento llegó otra persona.

—Buenos días. Me llamo Marc Fiedler y soy el director del crucero. Espero que hayan tenido un buen viaje hasta Linz. Les voy a facilitar estos dos dispositivos, uno para cada uno. No duden en utilizarlos para cualquier cosa que necesiten. Sólo con darle a esta tecla central, su mayordomo personal le atenderá encantado ¡a cualquier hora!

—¡Ah! Estupendo. Somos Miguel Ramírez y Mónica Coleman. Encantados.

—Muy bien —dijo el recepcionista después de encontrarlos en el ordenador y entregarle unas llaves, en forma de tarjeta, a Marc—, aquí tienen también las llaves de sus camarotes. El botones les ayudará a encontrarlos. Bienvenidos, una vez más, espero que pasen unos días estupendos en nuestro barco.

—Síganme, por favor —les instó el botones mientras se introducía por uno de los pasillos enmoquetados.

—Retiro lo que dije en el avión. Creo que tuviste una gran idea al hacer este viaje —comentaba Mónica mientras iban camino a sus camarotes sin perder detalle.

El barco no era como Mónica se lo había imaginado, era infinitamente mejor. La moqueta del suelo era tan mullida que parecía que andabas encima de una capa de nieve blandita, las paredes estaban forradas de madera lacada en tonos claros y los apliques eran modernos y de cristal de bohemia. Todo parecía nuevo a estrenar.

En ese momento, sonó el teléfono de Mónica.

Miguel y Mónica tenían camarotes contiguos en la cubierta principal. No eran muy espaciosos, pero con la decoración y las calidades te olvidabas de lo angosto del lugar. Mónica hablaba por teléfono y cada vez que veía algo que le gustaba, se lo señalaba a Miguel: las camas, el baño ... pero no colgaba, seguía atendiendo la llamada.

Una vez que el botones le explicó a Miguel dónde estaba todo en el camarote y los dejó a cada uno en su habitación, se retiró.

Ambos camarotes estaban comunicados por una puerta. Miguel, en el suyo, comenzó a deshacer las maletas y a colocar su ropa. Después de asearse un poco y cambiarse de ropa, Mónica asomó la cabeza por la puerta con cara de perrito triste y haciendo pucheritos.

—Perdoonaaa, pero ¡ya está! Ya he terminado. ¡Oye! El Ars Electronica Center tiene una pinta estupenda. Todas sus exposiciones son interactivas y hay una en concreto, sobre inteligencia artificial, que me interesaría mucho ver. ¿Qué te parece? ¿te importa si nos acercamos ahora?

—Bueno, aunque ya sabes que yo de tecnología poco —dijo un Miguel poco entusiasmado.

—Seguro que lo pasas bien, hay un montón de cosas interesantes como robots e impresoras 3D, vengaaaa, vamosssss.

—La verdad es que tengo un poco de hambre y aquí hay pocas cosas que hacer hasta la cena. Como la comida no está incluida, vamos a ver si tienen restaurante en ese museo y así matamos dos pájaros de un tiro.

—¡Genial! —Dijo Mónica dando palmadas y saltitos de entusiasmo.

Al llegar a la salida del barco y contarle al recepcionista sus planes, éste les ofreció sendos paraguas e impermeables. Sólo tenían que cruzar el puente hacia la otra orilla del río y entrar en el museo, pero el aguacero que estaba cayendo en Linz era tan intenso que los dejó calados hasta los

huesos.

Llegaron al museo corriendo y resguardándose de la lluvia. Cuando se miraron y vieron lo empapados que se habían quedado, les entró la risa.

—¡Uf! Vamos a buscar la cafetería o el restaurante para tomar algo calentito que me he quedado helada.

No tardaron mucho en dar con el restaurante del museo. Se llamaba Cubus y estaba decorado de forma muy funcional y elegante; con sillones corridos forrados en piel, mesas de madera y rodeado de unos ventanales desde los cuales se podía ver el río, el barco y la ciudad. Mónica y Miguel se sentaron cerca de uno de esos ventanales, pero les era imposible apreciar todo el esplendor que ofrecían. La cortina de agua que estaba cayendo en esos momentos impedía ver nada.

Se pidieron un plato de pato con *spaetzle* y un café con leche para entrar en calor. Ambos se quedaron sorprendidos con lo rico que estaba preparado ese pato.

—Al final, venir ha sido una gran idea. No sabía que se podía comer tan bien en un museo. Gracias por convencerme, ¡qué rico está esto!

Mónica sonreía, encantada de poder compensar a Miguel por haber estado al teléfono tanto tiempo. Mientras comían, se pusieron a ver el folleto con la información del museo y empezaron a hacer planes de por dónde iban a comenzar la visita.

—Yo creo que podemos empezar por la sala de robótica, ¡verás cómo te gusta! Y luego pasamos a la zona que tienen sobre inteligencia artificial. ¡Qué emocionante! —Comentaba Mónica.

Miguel la miraba, era la primera vez que la veía tan entusiasmada con algo desde que comenzó el viaje. Así que, aunque a él no le importase mucho ese mundo tecnológico, intentó mostrarse interesado.

Al terminar con su tentempié, sacaron las entradas para el museo y se dirigieron a la sala que quería Mónica. Al llegar, se encontraron varios brazos robóticos realizando diferentes tareas; en otra zona, algunos robots peleando en un pequeño ring y al fondo unas pantallas que mostraban los entresijos de otro robot.

Cuando se disponían a ir hacia la siguiente sala, sonó el teléfono de Mónica, ésta miró a la pantalla y contestó pidiendo perdón a Miguel con la mirada.

Ambos se dirigieron a la siguiente sala, pero Mónica ya no se enteraba de nada y Miguel no se lo estaba pasando nada bien. Mónica terminó la llamada y se dirigió a Miguel con cara de pena.

—Lo siento, pero tengo que volver al barco. Hay un problema en un tramo de programación y no saben cómo solucionarlo. Necesito conectarme y descifrar el problema.

Miguel no dijo nada, sólo asintió con la cabeza y la observó alejarse hacia la salida. Él se quedó un rato más, se paseó por todas las salas que se incluían en su ticket y se fue de vuelta al barco a paso lento. Ni qué decir tiene que no se divirtió, sólo le sirvió para sentir que estaba fracasando con el objetivo del viaje. Si un museo de tecnología no conseguía apartar a Mónica de su día a día, no sabía qué podría conseguirlo. Se sintió bastante abatido.

Al llegar al barco, volvía a estar empapado de arriba abajo, así que se fue directamente a su camarote. Cuando consiguió secarse y adecentarse un poco, se pasó a ver a Mónica. Ella seguía colgada al teléfono e instalada en una mesita con todos sus bártulos, mientras tecleaba código en una pantalla negra.

Miguel puso los ojos en blanco y se fue a dar un paseo por el barco. Al final del pasillo vislumbró a Marc, que estaba hablando con uno de los miembros de la tripulación, le miró y sonrió.

—Hola, Miguel, ¿verdad? ¿Está todo a su gusto?

—Sí, todo está perfecto, gracias.

—Aquí le dejo esta tablet. En ella puede informarse de la programación, horarios y contratar las excursiones opcionales de este viaje, mientras se sienta relajadamente en nuestro piano-bar. Precisamente allí —continuó muy sonriente—, se está dando a probar el cóctel conmemorativo de este crucero. Lo estamos creando conjuntamente con los viajeros. En la tablet podrá dejar su opinión e incluso añadir alguna sugerencia.

Miguel cogió el dispositivo, entró en la sala y se acomodó en uno de los súper sofás mulliditos de color marrón chocolate que parecían abrazar y engullir al que tomaba asiento en ellos.

El piano bar era un magnífico salón ubicado en la popa de la cubierta principal, rodeado de ventanales enormes por los que se vislumbraban retazos del muelle de Linz. Fuera el tiempo seguía siendo horrible. Desde el cielo, gris oscuro casi negro, se precipitaba una lluvia torrencial. A Miguel le vino a la mente ese dicho inglés de “It’s raining cats and dogs” al ver aquella forma de llover.

Miró a su alrededor y se pudo hacer una idea de cómo era el pasaje del barco. La mayoría eran parejas maduras y grupos de jubilados de nacionalidades muy variadas.

En esas estaba cuando Mónica entró en el piano-bar y se acercó a sentarse a su lado. Venía con cara de pocos amigos.

—¿Qué ha pasado? —Preguntó Miguel con tono de hastío.

—Nada, que el huerto vertical se ha caído de nuevo. Le he dicho a Antonio que espero que haya encontrado una solución para cuando vuelva.

—Mira que eres cabezota. ¿Por qué no acabas con su sufrimiento y pones esas malditas macetas colgantes?

—Calla, calla, ya verás cómo lo conseguimos. Sólo necesita encontrar el modo.

Miguel la miró con cara de pocos amigos.

—Me has dejado solo en el museo. En un museo al que tú querías ir y a mí me daba un poco igual —dijo mirándola con severidad—. Hemos venido a que te relajes y todavía no veo que, ni siquiera, te lo hayas planteado.

—Lo siento mucho, Miguel. Me apetecía mucho visitar ese museo, de verdad —dijo una apesadumbrada Mónica—. Pero mi empresa no da beneficios por sí sola, tengo que dirigirla. Ya he encontrado el problema y creo que lo he arreglado, espero que a partir de ahora todo sea diferente. ¿Me perdonas?

—No puedo estar enfadado contigo, si tú dices que era necesario...

En ese momento llegó un camarero con una bandeja llena de cócteles.

—Salvada por la campana —dijo Mónica en tono burlón.

Miguel la miró queriendo parecer enfadado, aunque se le notaba a la legua que no podía.

—Estamos creando un cóctel especial para conmemorar este viaje. Nos gustaría que probasen las opciones que vamos preparando. Después, a través del dispositivo, pueden votar cuál es el que más les ha gustado. —Explicó el sonriente camarero.

—Esto va mejorando por momentos —dijo Mónica encantada y cogiendo una copa.

Ambos, con su cóctel en la mano, miraron por los ventanales como llovía en Linz. Se quedaron allí bebiendo, viendo las explicaciones sobre el viaje en la tablet y charlando como si estuviesen en la terraza de Mónica. Poco más se podía hacer con la que estaba cayendo.

Miguel se deshizo su rencor y lo cambió por comprensión. Para eso estaban los amigos, para ayudar; pensó pesarosamente.

Cuando vieron que llegaba la hora de la cena, se pasaron, de nuevo, por el camarote para

cambiarse de ropa. Aunque no lo solían admitir, ambos eran un poco *Fashion Victims*, les gustaban mucho los trapitos. Así que se habían traído unas cuantas piezas y querían exhibirlas todas.

Al llegar al salón-restaurant vieron que el lujo del barco se podía seguir disfrutando allí también. El hilo musical reproducía muy sigilosamente una melodía de piano. Las mesas y las sillas eran de diseño, en tonos blancos o transparentes. La vajilla era en tonos azul oscuro y dorados. La luz era cálida y agradable. Y unos ventanales rodeaban el salón, dejando apreciar unas impresionantes vistas lluviosas de la ciudad.

La mesa era solo para ellos dos. Esa era otra de las deferencias de ese singular crucero: que eras tú el que elegía si quería o no mezclarse con el resto de pasajeros.

El menú estaba compuesto por algunos platos típicos austriacos, en formato gourmet, o sea, cantidades pequeñas y con formas curiosas. Por un lado, les sirvieron unos *Knödel* miniatura; unas bolitas de masa de sémola rellenas de carne. Acompañadas de lonchas de *Leberkäse*, una especie de paté extraño con frutos secos y espinacas. Como plato principal tenían *Wels*, un pescado, tipo barbo, hecho al vapor y con verduritas. Y de postre una mini *Linzer Torte* de grosella; un mini pastelito de hojaldre típico de Linz, cuya masa era súper fina y de un sabor espectacular.

La cena transcurrió de forma agradable, ambos se pusieron a hablar de sus cosas como si estuviesen en su casa. Después de la cena, se volvieron a pasar por el piano bar para reposar un poco antes de volver al camarote, pero el día había sido tan largo que no tardaron mucho en irse a la cama.

A la mañana siguiente seguían en Linz. Se reencontraron en el restaurante para el desayuno. Al entrar, vieron una magnífica fuente de chocolate que presidía la sala, rodeada de diferentes tipos de fruta, más tartaletas de Linz, croissants y algún que otro bollo dulce. Le seguía una mesa repleta de fruta y vegetales, donde un camarero preparaba zumos y smoothies de todas las clases posibles. En otra zona del salón había un cocinero con una plancha en la que podía cocinar cualquier cosa en el momento, desde salchichas hasta croissants a la plancha.

Mónica y Miguel tomaron asiento en su mesa, pidieron sendos capuchinos y zumos de naranja recién exprimidos. Se pasearon por el bufet para poner un poco de todo en su plato y disfrutaron de un magnífico desayuno.

Parecía que había parado de llover, así que se prepararon para dar un paseo y conocer un poco la ciudad de Linz. Era estupendo que el muelle estuviese en el centro, pues podían ir andando a cualquier sitio. Salieron del barco y se dirigieron hacia el centro de la ciudad.

Enseguida se encontraron con la plaza principal de Linz, que es una de las más grandes de Europa. En su centro estaba la *Pestsäule*, una columna construida para conmemorar a las personas que murieron de la peste y que se puede encontrar en muchas de las ciudades del centro de Europa. En esta plaza vieron el antiguo Ayuntamiento y la casa *Feichtinger* con sus famosas campanas, que cambian de melodía dependiendo de la época del año.

Siguieron andando y se perdieron por sus calles. Como el día era bastante despacible se pararon a tomar un chocolate caliente en una cafetería que parecía sacada de la época en la que vivían los Habsburgo. Estaba decorada con unas grandes lámparas de techo, en las que, seguro que en su día habría habido velas en vez de bombillas, sillones corridos tapizados de telas rojizas y majestuosas, ventanas cubiertas de unos visillos blancos recogidos a los laterales y mucha luz. Mónica y Miguel disfrutaron de su bebida y continuaron su paseo. Sin darse cuenta, se encontraron delante de la Mozarthaus, la casa museo de Mozart.

—¿Entramos? —dijo Miguel—, así nos resguardamos otro poco de este calabobos que no para.

—Me parece bien —acordó Mónica. En ese momento sonó su móvil, que descolgó enseguida

bajo la atenta y enfadada mirada de Miguel.

La tónica de todo el día fue la misma. Paseaban juntos, pero Mónica hablaba por el móvil. Una llamada tras otra. Ahora sí, el enfado de Miguel no hacía más que aumentar y Mónica sólo podía ofrecerle miradas de disculpa. Volvieron al barco, cada uno por su lado, ambos con cara de pocos amigos y se encerraron en sus camarotes.

Esa noche no salieron a cenar al restaurante. Cada uno pidió comida al servicio de habitaciones.

Melk/ Dürnstein

Después de un sueño reparador, a la mañana siguiente, las cosas se suelen ver de diferente forma. Miguel y Mónica se encontraron en su mesa a la hora del desayuno. Al verse, no pudieron evitarlo: se abrazaron y se pidieron perdón.

—Lo siento, Mónica, lo único que quiero es que dejes de trabajar por unos días. Necesitas relajarte.

—Lo sé, pero ya te dije que se ha torcido un proyecto y necesitan mi ayuda. Creía que ya lo había arreglado, pero.... Prometo dejar de trabajar en cuanto esté encarrilado —aseguró Mónica.

Miguel no las tenía todas consigo, pero quiso cambiar de tema.

—¿Te has dado cuenta de que esta mañana hemos pasado por una esclusa?

—Pues no, aunque tampoco sé cómo es una esclusa —dijo soltando una risa.

—Se utilizan para pasar de un tramo de río a otro con distinto nivel de agua. Pero seguro que pasamos alguna más, ya verás cómo funcionan.

Mónica se había llevado la tablet consigo y leyó lo que había programado para ese día:

“Melk/Dürnstein: Llegada a primera hora a Melk, ciudad pintoresca a los pies de una Abadía Benedictina de 900 años de historia, situada en una de las regiones más bellas del valle del Danubio. A la hora indicada saldremos hacia Dürnstein. Llegada y visita de esta villa situada en el corazón del Valle de Wachau. Fue aquí, concretamente en el Castillo de Kueringer, donde Ricardo “Corazón de León” estuvo prisionero tras su retorno de las Cruzadas.”

—El día de hoy tiene buena pinta. ¿Te has dado cuenta si se ve la abadía desde el barco? —Dijo Mónica.

—Desde mi camarote he visto la cúpula y promete.

Al terminar su segundo desayuno con fuente de chocolate incluida, se prepararon para hacer la excursión a Melk. Marc reunió a todos los viajeros en varios grupos y se pusieron de camino hacia la Abadía. Subieron unas escaleras serpenteantes entre jardines que llegaban hasta donde se encontraba el magnífico edificio.

Al mirar hacia abajo podías ver un paisaje precioso, con el río en el fondo y un pueblecito rodeado de un bosque de altos árboles. Justo cuando ambos tenían su ticket en la mano para entrar a la Abadía, sonó el teléfono de Mónica. Todo el grupo giró su cabeza y la miró. Mónica subió un dedo, tipo “un momento por favor” y contestó.

Para Miguel eso fue el colmo de los colmos. La dejó allí hablando y se dispuso a entrar con el grupo sin un ápice de remordimientos. La Abadía era todo lo prometido y más. Una escalera de caracol que parecía sacada de un pastel de nata. Todo el edificio por dentro estaba decorado en dorado y albergaba una biblioteca que ni la de Harry Potter, todo era impresionante. ¡Y Mónica se lo estaba perdiendo!

Al salir del edificio, allí seguía ella colgada al teléfono. Miguel la miró y se dirigió a ella, la cogió por el brazo y la guio de vuelta al barco. Para ello había que pasear entre las deliciosas calles de Melk con sus edificios blancos y sus pequeños comercios donde podías encontrar souvenirs típicos de la zona, pero ellos no lo disfrutaron.

Llegaron casi sin hablar entre ellos al barco y éste puso rumbo a Dürnstein, mientras se ofrecía

un refrigerio a los pasajeros. Mónica ya había colgado, pero se sentía tan avergonzada que todavía no había dicho una palabra. Miguel la miraba mientras daba un bocado a su melón con jamón.

—Lo siento. Esta ha sido la última vez. Creo que ya lo he dejado zanjado.

—Eso espero, si no, no entiendo para qué has venido.

—¿Qué tal la Abadía?, ¿era bonita?

—Era impresionante. No he visto semejante exceso de adornos barrocos en mi vida. Es una pena que te la hayas perdido.

Ambos se quedaron en silencio unos minutos hasta que apareció Marc por la mesa.

—¿Qué os ha parecido Melk? Espero que os haya gustado. Ya he visto que Mónica no ha podido pasar a ver la Abadía, no pasa nada, le haremos el reembolso del ticket a su cuenta, sin problemas. Por cierto, ¿vais a bajar en Dürnstein? Es para hacer los grupos. Hay gente que se queda a bordo.

—Si, nos gustaría bajar a verlo —dijo Mónica, pues Miguel no sabía ni qué contestar.

—Estupendo, os apunto a los dos.

—Gracias.

—¿Hacemos un trato? Para bajar a Dürnstein dejaré el móvil en el barco y así disfrutaremos de la tarde sin interrupciones.

Miguel asintió con la cabeza sin decir una palabra.

Al terminar el refrigerio ambos pudieron, por fin, subir a la cubierta exterior. Con tanta lluvia y mal tiempo no habían podido visitarla.

El barco navegaba por un río Danubio que mostraba todo su esplendor. Las orillas eran verdes, de un verde muy intenso, siempre pobladas de bosques, con montañas o sin ellas. El cielo por fin era azul, si bien de un azul muy claro y salpicado de nubes densas pero blancas, ¡menos mal! Era hipnótico ver cómo avanzaban las orillas. Era como si el barco estuviese quieto y lo que se moviese fuese la tierra. Al navegar, el agua bordeaba el barco con un sigiloso y relajante sonido. El sol no era muy fuerte, así que uno se podía tumbar, disfrutando del paisaje sin pasar demasiado calor.

Miguel y Mónica, después de dar una vuelta por la terraza, se acomodaron en dos tumbonas.

—¡Qué delicia! —Suspiró Mónica.

—¡Por fin! —Soltó Miguel extendiendo sus brazos al cielo, con alivio.

Y Mónica se rio con ganas. Debía reconocer, que empezaba a darse cuenta de lo relajante que era navegar por el Danubio.

Después de unas horas de apacible navegación, llegaron a Dürnstein. Un pueblecito medieval a las orillas del Danubio donde había un pantalán preparado para que el barco atracase y sus pasajeros pudiesen bajar a tierra muy cerquita del centro del pueblo.

Todo el grupo que quería visitar Dürnstein se bajó, incluidos Miguel y Mónica. El camino que llevaba al pueblo iba por la ladera del río y estaba rodeado de árboles altísimos y de frondosa vegetación característica de las zonas fértiles. Se podían percibir los diferentes aromas de la primavera, aunque lo que más se notaba era la humedad del Danubio.

Dürnstein era un encantador pueblito ubicado entre pequeñas montañas. Todo era verde alrededor. Al pueblo se entraba por un lateral y sus callecitas estrechas de adoquines tenían construcciones medievales y bien conservadas a ambos lados. En lo alto, estaban las famosas ruinas del castillo de Kueringer, al que se podía acceder por un sendero.

Parecía como si Mónica y Miguel acabasen de salir de una máquina del tiempo y hubiesen parado en el siglo XIII. Era todo tan bucólico que se les pasó el tiempo volando, haciendo fotos y disfrutando del pueblito.

A la hora convenida, el grupo fue volviendo al barco. Cuando llegaron, Miguel y Mónica se dieron cuenta de que algo no iba bien. Todo el mundo estaba fuera sin embarcar y Marc explicaba algo, micrófono en mano.

Al acercarse, un miembro de la tripulación les ofreció unos auriculares y de esta forma, pudieron escuchar a Marc que estaba en mitad de una explicación.

—Para los que acaban de llegar, lamento informarles que hemos tenido un percance con el motor de La Dama del Danubio y de momento, no vamos a poder proseguir con la navegación. Necesitamos una hora más para poder averiguar la envergadura de la avería y ponerle una solución. Nuestra tripulación les hará entrega de unas tarjetas prepago con la que podrán tomar un refrigerio en el pueblo a nuestro cargo. Perdonen las molestias, es lo único que podemos hacer por ahora.

Miguel y Mónica se miraron sin saber qué pensar ni qué decir. Casi todo el grupo, incluidos ellos, volvió al pueblito y se acomodaron en alguno de sus cafés o restaurantes para ir haciendo tiempo. Al cabo de una hora, volvieron al muelle y allí estaba Marc. Se volvieron a poner los auriculares para poder escucharle.

—Me temo que tengo malas noticias, La Dama del Danubio no va a poder seguir navegando, pero no se preocupen por nada, tenemos dos opciones para ustedes: seguir con otro barco que está a punto de llegar o finalizar el viaje aquí. En este caso, les trasladaremos a la ciudad de origen. Por supuesto, recibirán su correspondiente reembolso del porcentaje del viaje no disfrutado. Ustedes deciden.

Mónica y Miguel estaban escuchando con los ojos como platos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mónica.

—¡Seguimos! —dijo Miguel—. Ahora que ya estás empezando a relajarte y a disfrutar no vamos a dejar el viaje, no, me niego.

—Sólo espero no arrepentirme después —dijo Mónica.

Así se lo notificaron a Marc y éste se alegró mucho de su decisión. También les explicó que el barco que llegaba no era de las mismas características, pero estaba seguro de que iban a disfrutar del viaje.

Al cabo de unas horas, Mónica y Miguel estaban subiendo al nuevo barco. Nada más verlo, Mónica puso mala cara.

—¿Este es nuestro barco? —preguntó al aire pues no había otro barco en ese lugar.

—¡Por supuesto! —contestó Marc y les indicó amablemente que embarcasen.

Miguel no dijo nada, sabía de sobra sobre los gustos elitistas de su amiga, pero también sabía que necesitaba un tiempo para hacerse a la idea y aceptar los cambios. En el fondo era una persona sencilla, aunque ella no lo demostrase.

—Desde luego que no es de las mismas características, no. ¿Cómo quieren que acabemos el viaje en esta bañera?

—No seas dramática, anda. Vamos, que como no nos demos prisa todavía nos dejan en tierra. Entremos. —Dijo Miguel mientras iba embarcando.

Mónica miraba a su alrededor incrédula ante lo que veía. El barco tenía toda la pinta de ser una construcción de finales de los ochenta. Algunas zonas gritaban: renovación inmediata. No había móviles mayordomo, no había botones que cargaran tu equipaje. Los colores y adornos parecían del siglo pasado ...

—Buenas tardes. Bienvenidos al Sweet Symphony, soy Paolo Rossi el director del Crucero. Sentimos mucho el problema que ha tenido La Dama del Danubio, estamos a su disposición para que disfruten tanto o más.

—Muchas gracias. Nosotros somos Miguel Ramírez y Mónica Coleman. Encantados de conocerle.

—Por favor, tutéame que vamos a estar en esta bañera los próximos seis días —dijo con un guiño—, así que debemos empezar a coger confianza. Para conocernos un poco más, os espero dentro de una hora en la Sala Azul. Vamos a reunir allí a todos los viajeros para informar de cómo va a ser el crucero y de las diferentes excursiones que podéis contratar, así como, de todos los servicios que ofrecemos a bordo. Pero ahora no os entretengo más, id por este pasillo todo recto y llegaréis a vuestro camarote. Todo vuestro equipaje está ya en él. Luego nos vemos. —Y les dio una llave con un número de metacrilato colgando.

Paolo se fue a hablar con los siguientes pasajeros, pero sin quitar ojo a Miguel. Bueno, Miguel tampoco le quitaba ojo, tanto era así que se tropezó con un puesto de folletos que estaba apoyado en la pared.

Su camarote estaba en la cubierta principal y disponía de dos camas separadas y un baño - ducha.

—¿Qué es esto Miguel? ¿Es que vamos a dormir en la misma habitación?

—¿No te has enterado de que no hay camarotes suficientes? No pasa nada, venga, ¿no te recuerda a algo? Como cuando éramos niños y dormías en mi casa.

—¿Es que no hay sitio para mi ropa! No hay sitio para moverse. ¿Y el baño? ¿Tú has visto este baño? ¿Dónde está la bañera? Es todo uno. ¡Ay Madre! Espero que nuestra amistad supere esta prueba porque va a ser una gran prueba.

—¿Qué exagerada eres! Vamos a estar estrechos, sí, pero la mayor parte del tiempo estaremos fuera del camarote. Ya verás cómo al final te acostumbras.

—Si tú lo dices ... —contestó Mónica no muy convencida.

Resultó que debajo de la cama había un compartimento escondido en el que entraba todo, hasta la maleta. Ese compartimento parecía que se estiraba como el chicle. Miguel miró a Mónica con cara de triunfo. Cuando terminó, ésta estaba sacando su portátil de la maleta y buscando un sitio dónde ponerse para encenderlo. Miró a Miguel con cara de pocos amigos y él le señaló una tabla que hacía las veces de mesa en una de las paredes. Debajo tenía un enchufe extraño.

—Bueno, ¿qué? vamos a esa tal Sala Azul para enterarnos un poco de cómo va a ir esto. ¡Qué emoción! Es como si empezásemos el viaje de nuevo.

En ese momento sonó el móvil de Mónica y ésta descolgó bajo la mirada cabreada de Miguel que le señaló el reloj para que se diera cuenta de la hora. Ella asintió con la cabeza, pero continuó con la llamada. Así que Miguel se acicaló un poco y se fue del camarote bastante defraudado.

En la entrada de la Sala Azul, Miguel divisó a Paolo que estaba allí apostado saludando a los pasajeros que iban entrando. Esto animó a Miguel, pero al mismo tiempo le hizo ponerse nervioso sin tener una razón aparente.

Al llegar a su altura se saludaron. Miguel se sentía como un niño de colegio, un poco torpe y con aparato en los dientes. Siempre le pasaba algo parecido cuando conocía a alguien que empezaba a gustarle. Paolo le sonrió al llegar.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien —contestó Miguel.

—Empezaremos en unos minutos. ¿Y su acompañante?

—Ha recibido una llamada, viene ahora.

—Puede esperar dentro y así empezar a probar nuestros “Mimosa”. —Dijo un sonriente Paolo.

Miguel no sabía muy bien a qué se refería, sonrió de vuelta y entró. Tomó asiento en uno de los sofás que en su tiempo serían como nubes de algodón, pero ahora al sentarte, te quedabas con el

culo casi en el suelo. Había que tener muy en forma los abdominales para no quedarse allí engullido por el sofá.

Miró a su alrededor y apenas reconoció pasajeros provenientes de La Dama del Danubio. Se conoce que había pocos que querían seguir con el viaje. Nos hemos quedado los mejores, pensó irónicamente y le salió una sonrisa.

En esas estaba cuando Mónica entró y se acercó a sentarse a su lado. Venía con cara de pocos amigos. En ese momento llegó un camarero muy simpático y ofreció un cóctel Mimosa a cada uno de ellos.

—¡Mmmm! Es lo primero que me gusta desde que hemos entrado en esta bañera —comentó dando un sorbo.

Miguel puso cara de fastidio, pero no dijo nada.

En esos momentos entró Paolo a la sala dando la bienvenida a todos.

—Buenas tardes, como ya sabéis, mi nombre es Paolo, Paolo Rossi, soy el director del crucero y estoy aquí para ayudarles. Lamento el problema de La Dama del Danubio y espero que su viaje con nosotros en el Sweet Symphony les ayude a olvidarlo. Para ello tenemos preparadas un montón de actividades. A mi lado está Brad Summers, nuestro jefe de personal y encargado de crear todas las actuaciones que vais a ver a lo largo de estos días. Tenemos noches de humor, micro abierto, teatro y Karaoke, así que si alguno de ustedes se anima, puede hablar con Brad para apuntarse ...

A continuación, Paolo hizo un resumen de las paradas que aún quedaban por realizar y de las diferentes formas de contratar las excursiones.

—Igualito que en el otro barco, que nos dieron una tablet con toda esta información y así no necesitábamos perder el tiempo en una reunión —comentó Mónica.

—Pues a mí me gusta más, es más personal ¿no crees?

Al principio Mónica creyó reconocer a Brad, pero no hizo mucho caso. En ese momento unió su nombre con su cara y dio un respingo.

—¿Y ahora qué? —dijo Miguel de mala gana.

—¡Es Brad! ¡Es Brad!

—Sí, eso ha dicho el tal Paolo. ¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de Pumuki, el del MIT del que te he hablado alguna vez? —apuntándole con la cabeza.

—¿Ese es Pumuki? ¡No! Desde luego, ¡qué pequeño es el mundo! —Dijo Miguel riendo.

Mónica conoció a Brad en una fiesta de la fraternidad cuando estudiaba en el MIT. Se lo pasaban muy bien juntos, así que quedaban para liarse en las fiestas. Siempre iban de fiesta en fiesta, entre fiestas ni se llamaban. El mote de Pumuki se lo puso Mónica porque antes de ir a Massachussets se había encontrado por causalidad con esos dibujos en el canal satélite y le hicieron gracia. En aquella época Brad se ponía el pelo de punta con gomina muy parecido a su protagonista.

Desde que ambos acabaron sus carreras no habían vuelto a conectar, así que Mónica ignoraba si Brad tenía información actualizada sobre ella. Sí que es verdad que en alguno de los eventos que se celebraron para familiares en la universidad, los padres de ambos se conocieron y se hicieron muy amigos. Puede que ellos sí que se hayan mantenido en contacto. En cualquier caso, Mónica no tenía ni idea y ni siquiera se había acordado de él en esos años.

—Es mono —dijo Miguel sacándola de sus pensamientos.

—Sí, no está mal, —comentó Mónica un poco turbada y pensando que los años le habían sentado bien.

El móvil de Mónica volvió a sonar y ésta lo descolgó apartándose un poco de la mesa. En ese momento se acercó Paolo.

—¿Qué tal va todo? ¿Tu compañera está bien? La he visto mucho hablando por teléfono, ¿tenéis algún problema?

—Eh, no, no, es únicamente que Mónica es un poco *workaholic* —dijo Miguel sonriendo.

—Espero que, aun así, podáis disfrutar del viaje. Nos vemos en la cena.

Y se alejó. Miguel se quedó mirándole el culo y pensando que no sabía muy bien si Paolo estaba flirteando o solo hacia su trabajo. “Mira que eres tonto, Miguel, pues claro que está haciendo su trabajo ¿qué te crees?”, se dijo a sí mismo.

En ese momento volvió Mónica con la cara más alegre que antes.

—¿Qué ha pasado?

—Ya tengo huerto vertical. Bueno, de momento. Antonio dice que no me haga muchas ilusiones, no vaya a ser que se caiga de nuevo en las próximas horas.

—Debo reconocer que a cabezota no te gana nadie.

Y soltaron una carcajada a la vez.

Ya se acercaba la hora de la cena, así que se fueron al camarote para acicalarse un poco. Aunque hubiesen cambiado de barco, ellos no iban a dejar desperdiciar la oportunidad de hacer cambio de look cuando les apeteciese.

Al entrar en el comedor y ver que tenían que comer en mesas de grupo, acompañados por gente desconocida, Mónica volvió a quejarse.

—Mónica, ya vale, esto es lo normal ¿es que nunca has ido de crucero?

—Pues no, la verdad. Es mi primera vez, bueno mi segunda si contamos cómo hemos llegado hasta aquí. —Dijo Mónica con cara de fastidio.

—La Dama del Danubio era una excepción, este barco es más lo habitual. Yo lo prefiero así, lo otro es demasiado frío. Ya sé que a ti no te gusta, pero tendrás que hacerte a idea de que aquí tendrás que socializar más. En estos cruceros las actividades se hacen en grupo. Además, así te obliga a dejar el móvil de lado por algún tiempo; que no has parado de usarlo desde que salimos de Madrid.

Mónica hizo un mohín, pero no comentó nada y guardó el móvil en su clutch.

Les tocaba una mesa que estaba cerca de la del capitán y era para 8 personas. El único grupo de españoles del barco.

—Hola, ¿qué tal? —Se fueron diciendo todos al sentarse. Y empezaron las presentaciones.

—Somos Mónica y Miguel. Unos amigos que venimos de Madrid a relajarnos un poco y desconectar de la gran ciudad —fue Miguel el que habló.

—¡Encantados! Nosotros somos Eugenio y Julia. También venimos de Madrid y estamos celebrando nuestro 13 aniversario de boda —dijeron sonriendo.

Entonces se escucharon unos cuantos ¡Felicidades! ¡Cuántos años! ¡Enhorabuena!

—Pues nosotros somos Fernando y Mari Paz, estamos jubilados y encantados de poder viajar por fin, ¡ah! y venimos de Barcelona.

—Parece que sólo quedamos nosotros. Yo soy Kevin, él es Marco y venimos de Valladolid. Este viaje fue un regalo de los padres de Marco para que nos relajásemos un poco, porque estamos preparando nuestra boda y el estrés está pudiendo con nosotros. Pero creo que más que relajarnos vamos aburrirnos por un tubo —dijo Kevin mirando a su alrededor dándose cuenta de la media de edad.

—¡Felicidades! ¡Qué bien! Me suena tu cara, Marco —dijo Mari Paz.

Marco puso los ojos en blanco.

—Puede que si ves Antena 3 me hayas visto en el programa “Pasapalabra”. Gané el bote hace unos meses, pero para ello estuve como 10 semanas concursando, así que suelo sonar a la gente.

En ese momento entró el capitán y hubo como una especie de bienvenida. En cuanto tomó asiento, los camareros empezaron a repartir la cena. Según comentó Paolo en la reunión, en cada puerto la comida iba a ser la típica de la zona. Esa noche tocaba menú típico austriaco, pero para nada en formato gourmet. Comenzaron degustando un *Wiener Schnitzel*; un imponente escalope de ternera empanado y acompañado de una ensalada tibia de patatas. De postre les sirvieron *Salzburger Nockerl*, un soufflé hecho de claras de huevo muy típico. Todo ello rehogado con uno de los vinos austriacos más famosos, *Grüner Veltliner*, un vino blanco fresco y afrutado.

La cena transcurrió animadamente en la mesa de Mónica y Miguel.

—Menuda diferencia de menú, pero aun así no ha estado mal. A parte del empanado ese, el resto de la comida estaba muy rica —dijo Mónica unas horas después con una copa de Lagavulin en la mano.

—Estoy de acuerdo. No sé qué tienen los austriacos con eso, si es el filete empanado de toda la vida —dijo Miguel riéndose.

Estaban sentados en la cubierta exterior mirando la luna y las estrellas. Allí sí podían verse las estrellas y sus constelaciones. La sensación de navegar por el Danubio de noche era tan espectacular o más que hacerlo de día. Se quedaron callados disfrutando de la navegación y pensando en todo lo que habían pasado ya desde el comienzo del viaje.

Miguel pensaba que ese viaje prometía si conseguía hacer que Mónica se relajase. Y ella pensaba en uno de los problemas que tenía con el programa que estaba desarrollando para un nuevo cliente, amigo de su padre, por lo que todo debía salir perfectamente y sin errores.

—Voy a dejar de pedirte que pases del teléfono. Entiendo que tienes una empresa y que hay que atenderla. Me gustaría dejar todo esto de lado y empezar desde cero para que lo pasemos fenomenal estos días. Lo del barco ha sido un contrat tiempo y ya sé que éste no es muy de tu agrado, pero tómalo como una aventura. Dejemos de compararlo a cada momento. ¿Qué te parece? —Dijo Miguel de repente y mirando a Mónica a la cara.

—Perdóname Miguel. Me dio mucha rabia perderme la visita a la Abadía. En cuanto termine con una cosa, voy a intentar dejar los temas no urgentes de la empresa para mi vuelta. Venga, vamos a disfrutar de estos días. Mañana toca Viena y me apetece mucho. ¡Por nosotros! —dijo Mónica levantando la copa para cerrar el trato.

Esa noche, en la Sala Azul, se había programado noche de karaoke, pero ellos preferían estar ahí fuera disfrutando de la navegación. Aunque la oscuridad lo invadía todo, la brisa y el murmullo del agua era muy relajante. Así que allí se quedaron hasta que el sueño les invadió y tuvieron que bajar a acostarse.

Viena

Esa mañana se despertaron y cuando se dieron cuenta de que estaban en la misma habitación, se sorprendieron, aunque duró poco.

—¡Oye! ¿Qué te traes entre manos con Paolo?

—¿Yo? ¿Por qué lo dices? —Dijo Miguel sacando la cabeza por la puerta del baño.

—No sé, ¿por las miraditas que le echas cada vez que os encontráis? O por el repaso que te pega él cuando no le miras.

—¿Me mira? —dijo Miguel poniendo cara de travieso—. No tenía ni idea. A veces creo que flirtea, pero otras, como siempre me pregunta por ti, me confunde. Además, está trabajando. Tampoco es plan...

—¡Tú verás! ¿No hemos quedado en que nos lo vamos a pasar cañón?

Al rato ambos entraban en el comedor para tomar el desayuno y allí estaba Paolo sentado a la mesa del capitán junto a Brad. El efecto que los cuatro experimentaron fue muy curioso. Todos se miraban disimuladamente, bueno, todos menos Brad, al que se le cayó la tostada de la mano cuando reconoció a Mónica y saltó de su silla, como si tuviese un resorte, para ir a saludarla.

Mónica no sabía muy bien cómo comportarse y se puso algo nerviosa.

—¡Mónica! ¿Eres Mónica Coleman? Pero, ¿cómo puede ser?

—Hola Brad, ¿qué tal? O mejor dicho... ¿qué haces aquí? —dijo Mónica ruborizándose.

—Bueno, es una larga historia —dijo Brad rascándose la cabeza—. Vienes de La Dama del Danubio, ¿verdad? Ha sido una odisea poder alojarnos a todos, menos mal que no íbamos completos en este viaje.

—Sí, cuando nos dijeron que había que cambiar de barco no nos lo podíamos creer. ¡Y aquí estamos! —decía Mónica con una sonrisa nerviosa—. Bueno, ahora vamos a desayunar, que después toca visita a Viena y me apetece mucho. Supongo que ya tendremos tiempo de ponernos al día.

—Cuando quieras. De todas formas, luego nos vemos, voy a ayudar a Paolo con los grupos para la visita. ¡Que aproveche!

Mónica se dirigió hacia su mesa. Todos sus compañeros de mesa la miraban y ella sintió como sus mejillas se ponían a mil grados. Buscó a Miguel para sentarse a su lado y no lo encontró. Giró la cabeza para mirar hacia la mesa del capitán y allí estaban, apartados en un lateral, Miguel y Paolo hablando animadamente. Mónica sonrió y no le molestó. Tomó asiento en su mesa.

—¿Te has apuntado para la noche de micro abierto? —Le preguntó Mari Paz con un poco de guasa.

—Eh, no, ¿por qué?

—Como estabas hablando con Brad, creo que se llama, y él se encarga de hacer las listas de participantes. Ayer en el karaoke, demostró que cantaba muy bien. Hicimos un dúo y todo. —Mari Paz lo decía con cara de pilla.

A Mónica no se le escapó la cara de Mari Paz ni el tonillo, pero no comentó nada al respecto. No tenía confianza con esa gente y tampoco tenía por qué tenerla de repente.

Ese desayuno carecía de cascada de chocolate y demás exquisiteces del otro barco, pero lo que

ofrecía también era de calidad y estaba muy rico. Para Mónica la prueba de fuego iba a ser el café.

En ese momento se acercó Miguel y se sentó a su lado.

—Bueno, ¿qué? ¿Flirteaba o no flirteaba tu amigo Paolo? —Le preguntó Mónica.

—¡Shhhhh! Que te va a oír, él y toda la mesa. Ya te contaré. ¡Desayunemos!

Durante el desayuno, los compañeros de mesa no fueron muy elocuentes. Parecía que las mañanas no eran su fuerte.

Al terminar, todos se prepararon para ir de visita a Viena. Mónica leyó en su catálogo de mano: “Visita panorámica guiada de la capital de Austria, durante la cual disfrutaremos de edificios y monumentos como la Ópera, el Ayuntamiento, el Parlamento, el Barrio de los Museos y el viejo centro histórico, donde recorreremos a pie los alrededores de la Catedral de San Esteban. Tarde libre para actividades opcionales”.

—Así que nos llevarán en autobús por la ciudad y luego nos sueltan en el centro y volvemos para la cena. Genial.

Viena estaba precioso, en aquellos días en los que se acercaba el verano, Mónica y Miguel no pararon de hacer fotos desde el autobús. Al pasar por el Palacio de Belvedere, la excursión se paró para poder visitar el majestuoso edificio, así como las obras de Klimt. Después pasaron por Hundertwasser, un bloque con varios edificios coloridos y totalmente asimétricos que suelen comparar con las obras de Gaudí en España.

El autobús terminó su recorrido en la plaza de la catedral de San Esteban o Stephansdom, de estilo gótico, cuyo tejado compuesto por 250.000 azulejos coloridos la hace única.

En este punto, algunos pasajeros se quedaron en la ciudad y otros volvieron al barco. Miguel y Mónica preferían seguir por allí y perderse un poco por sus calles. Acabaron visitando el Palacio Hofburg en Michaelerplatz; allí uno puede hacerse una idea de cómo vivía y se cuidaba la Emperatriz Sissi. Pasearon por su gimnasio, la sala de baile llena espejos y disfrutaron de lo perfectamente decoradas y amuebladas que estaban todas las estancias; testimonio del esplendor de la monarquía de los Habsburgo.

—¡Uf! Estoy un poco saturada ya de tanta porcelana y plata, ¿qué tal si nos vamos a tomar algo? —comentó Mónica cuando llevaban algunas horas visitando el palacio.

—Pero si todo esto es impresionante, ¿cómo puedes estar saturada de belleza? Pero venga, te acompaño que a mí también me apetece tomar algo.

Salieron a la plaza y vieron un bonito establecimiento con una decoración y ambiente de estilo rococó decadente. Se miraron y enfilaron hacia allí. Su intuición no les defraudó. En ese espléndido lugar se tomaron sendos *Melange*, o sea: café con leche. Mónica se pidió un trozo del famoso *Apfelstrudel* o tarta de manzana y Miguel más goloso, optó por un trozo de *Sachertorte*, una tarta de bizcocho de chocolate rellena con una fina capa de mermelada de albaricoque y recubierta de chocolate. Uno de los postres más famosos de Viena.

Después de esta parada, ya estaban listos para continuar con la visita a la gran ciudad de Viena.

A la hora convenida, llegaron al barco de vuelta, cansados pero encantados. Se fueron al camarote a descansar un rato y cambiarse para la cena. Cuando ambos estaban tumbados encima de la cama contando sus peripecias por Viena, sonó el móvil de Mónica y la magia se cortó.

Llegaron a la cena cuando el pasaje ya había empezado a comer. Al entrar, Brad y Paolo levantaron la cabeza y observaron cómo tomaban asiento. Tanto Miguel como Mónica, saludaron tímidamente y se sentaron casi sin decir palabra. En ese momento, Mari Paz y Fernando estaban hablando. Intentaban coger confianza con el resto de comensales contando anécdotas de su vida.

—Hola chicos, ¿qué tal la visita a Viena? ¿A que es una ciudad preciosa? —comentó Mari Paz

cuando tomaron asiento.

—Sí, estamos cansadísimos de pasear. Me voy a comer un toro esta noche —dijo Miguel riendo.

Durante la cena, Mari Paz y Fernando eran los que más hablaban. Se habían tomado muy en serio eso de intimar con sus compañeros de mesa. Entre otras cosas, comentaron que les encantaba viajar y que era el segundo crucero que hacían este año. El primero, lo hicieron por los fiordos noruegos y quedaron encantados. Este, por el Danubio, les pareció que era lo suficientemente diferente como para no repetir experiencias. También explicaron que les gustaba mucho navegar.

—Tenemos un barquito de vela atracado en Palma de Mallorca, dónde solemos pasar los veranos tranquilamente navegando por sus costas —comentaba una risueña Mari Paz.

—Sí, antes el barco estaba en Barcelona y nos íbamos a Palma en él para pasar el verano, pero ya se nos hace muy pesado, así que lo dejamos allí. Ahora llegamos en avión y disfrutamos navegando por sus costas. Cosas de la edad —comentó Fernando guiñando un ojo.

—Eso sí es disfrutar de la vida —dijo Miguel con envidia—. Me encantaría organizarme como vosotros a vuestra edad.

—Pues nosotros acabaremos comprando un barquito, aunque no tengamos mar en Valladolid, siempre podemos dejarlo en uno de los pantanos cercanos —comentó Marco—. Es tan agradable navegar, ¿verdad?

A esas alturas, el resto de la mesa, ya se había dado cuenta de que Kevin y Marco siempre querían ser el centro de atención. Ellos siempre lo hacían mejor o antes que nadie. El resto les toleraba, pero no eran de su devoción.

—Bueno, también tenemos otra pequeña afición —continuó Mari Paz para cambiar un poco el tema de conversación—, nos encanta lanzarnos en paracaídas, en pareja.

—¿Quéééééé?! —saltó Miguel.

—Sí, nuestro hijo tiene una empresa de actividades de ocio de este tipo; lo probamos una vez y ya no podemos parar de hacerlo. Nos lanzamos en paracaídas, como mínimo una vez al mes, si el tiempo lo permite. Es liberador. Todos los de esta mesa deberíais probarlo, aunque sea una vez —explicó Fernando con cara de emoción y mirando a Mari Paz que le devolvía la mirada emocionada también.

La cena transcurrió alrededor de este tema. Fernando y Mari Paz, al final, consiguieron lo que se proponían: que toda la mesa participase en una animada conversación. En una ocasión, Miguel les pilló mirándose con cara de satisfacción y les envidió.

Después de la cena, era noche de micro abierto. Primero, había una especie de representación tipo cabaret, con música y baile; entre medias, la sesión de micro abierto. A pesar de que Miguel y Mónica estaban agotados del día y ese espectáculo no era de sus favoritos, decidieron pasarse por la Sala Azul. Ellos habrían preferido, tomarse algo en la cubierta exterior, pero estar allí cuando el barco estaba parado, no era tan interesante.

El espectáculo fue más animado de lo que ellos pensaban y acabaron volviendo bastante tarde a su camarote.

—Pues Brad canta y baila muy bien, ¿no te parece? —comentaba Miguel de camino al camarote.

—La verdad es que me daba un poco de vergüenza ajena, pero debo reconocer que es el que mejor lo ha hecho. En algo se tiene que notar todos esos cursos y talleres de teatro que hizo en la universidad —reconoció Mónica.

—Jajajajaja —se rio Miguel— y Marco se ha pegado un monólogo muy divertido.

—¡Uy! No, ni se te ocurra decirle que te ha gustado, que ya no parará de hablar de ello hasta el

infinito y más allá Jajajajajaja —dijo Mónica.

Ambos se echaron a reír mientras entraban en el camarote. Mónica ya no veía el camarote estrecho, ni aviejado, ni feo, ni ninguno de los defectos que le había sacado al principio. Para ella, ese camarote se había convertido en su “casa del árbol”, donde ambos se escondían y podían decirse cualquier cosa sin que saliese de esas cuatro paredes.

Al día siguiente, pudieron dar otra pequeña vuelta por Viena antes de partir hacia Bratislava. Esa navegación de día encandiló a Miguel y a Mónica más, aún si cabe. Se pasaron todo el trayecto en la cubierta exterior viendo pasar el paisaje.

Después de un rato de navegación, tuvieron que atravesar una esclusa y Mónica tuvo ocasión de ver las maniobras. Se tardaba un buen rato en llevar a cabo todo el proceso. Llegar a una zona concreta con el barco y vaciarla de agua, lo suficiente, para que alcanzase el nivel del siguiente tramo de río. Ver cómo las pareces de hormigón subían y subían, impresionó al todo el pasaje. Todo el mundo estuvo muy atento a las maniobras. Cuando ya se alcanzó el nivel de agua correcto, las compuertas se abrieron y el barco continuó navegando por el Danubio como si nada hubiese pasado.

Se veían barcazas, casas en medio del río, encaramadas a inauditas estructuras de madera a metros sobre el nivel del agua, gente disfrutando en sus orillas... Parecía que el Danubio era un río muy vivo. Una de las orillas pasó de ser una arboleda a una colina de rocas. En la cima, se podía apreciar lo que parecía una pequeña fortaleza con un cielo azul intenso de fondo. Mónica y Miguel se levantaron de sus hamacas y se acercaron a la barandilla a hacer fotos, la escena parecía sacada de un cuento de hadas.

Estaban tan absortos con las fotos y el entorno que no se dieron cuenta de que Brad, que pasaba por allí, se paró a saludar.

—Hola, ya veo que os gusta el paisaje.

En ese momento, Mónica se sobresaltó y pegó un respingo, que asustó a Miguel, que hizo unos aspavientos exagerados con los brazos, que chocaron contra el móvil de Mónica, que saltó por los aires. Mónica empezó a hacer sus propios aspavientos para intentar cogerlo y que no se cayese al río, pero sólo pudo rozarlo ligeramente con los dedos. El móvil cayó irremediamente al río. Los tres, con cara de bobos, se quedaron mirando cómo el lugar del hundimiento se iba alejando y alejando lentamente de ellos.

Los tres se quedaron mudos. Ninguno se movía. Era como si se hubiesen quedado petrificados en cuanto el móvil tocó el agua. En ese momento, llegó Mari Paz y al verlos, se acercó.

—Hola chicos, ¿qué bonito paisaje, verdad? ¡Cómo me gusta la navegación! Da una sensación de paaaazzz —y respiró hondo con cara de estar muy a gusto.

Los tres la miraron como si fuese un bicho raro.

—¿Qué os ocurre? Parece que hayáis visto a un fantasma.

El único que pudo articular palabra fue Miguel.

—¡Ay! Mari Paz, hemos tenido un pequeño percance, el móvil de Mónica se ha caído al río.

—¿Un pequeño percance? —dijo Mónica con una voz de un enfado que iba aumento.

—¡Ah! Bueno, si sólo es eso, no pasa nada. Es más, es una gran oportunidad para que Mónica deje, por fin, de estar pendiente de ese artilugio del demonio. ¡Se está perdiendo lo mejor del viaje! —se dio media vuelta y fue a reunirse con su marido.

—En ese móvil iba toda mi vida —suspiró Mónica.

—¿Es que no haces copias de seguridad? —preguntó Brad— Aun así, lo siento en el alma, no pensé que saludaros provocaría tal estropicio.

—¡Oye! Pues a Mari Paz no le falta razón —comentó Miguel, en ocasiones veía la parte

positiva de las cosas.

—¿Cómo se te ocurre hacer fotos poniendo el móvil al otro lado de la barandilla? ¿No te daba impresión? —dijo Brad que con los nervios le daba por hablar y por eso no dejaba de hacer preguntas que nadie contestaba.

—¡Dejadme en paz los dos! —Y Mónica se fue dando grandes zancadas hacia el interior del barco.

Bratislava

A la mañana siguiente, Mónica y Miguel estaban despiertos, cada uno en su cama, mirando al techo.

—¿Estás despierto? —dijo Mónica.

—Sí, me desperté hace un rato, cuando pasamos por aquella esclusa. Ayer te echamos de menos en la cena. Brad estaba agobiadísimo con lo que pasó. Me dijo mil veces que te pidiera perdón de su parte.

—Es muy difícil —suspiró Mónica.

—¿Qué te pasa Moni?

—Tú me conoces y conoces a mi familia. Supongo que ya te habrás dado cuenta de lo exigentes que son. Ser hija única y estar a la altura de Robert y Miriam, no es fácil.

—Lo sé. Te he visto hacer cosas muy raras, mientras crecías, para conseguir su aprobación —dijo un preocupado Miguel.

—Pues con la empresa me pasa algo parecido. Necesito conseguir ese cliente que te comenté porque es amigo de mi padre y no puedo fallarle. Por eso, esta época era tan mala para hacer una escapada y por eso, no dejaba de mirar el móvil.

—¿Ese cliente salvaría tu empresa? ¿Estás en la quiebra o algo así? —Pregunto Miguel en tono preocupado.

—No. Mi empresa goza de buena salud. No tiene problemas.

—¿Entonces?

—¡Pues lo que te he dicho! ¡Es amigo de mi padre, no puedo fallarle! —dijo Mónica sentándose de golpe en la cama.

—A ver, Mónica, llevas ganándote la aprobación de tus padres desde que te conocí. No creo que a estas alturas no seas ya su hijita querida —dijo Miguel sentándose en la cama también.

—Te sorprenderías. Cuando nunca has recibido elogios por tu trabajo, pero sí que, cuando fallas, escuchas reproches; es difícil creer que les importes. Así que prefiero no fallar —decía Mónica con voz de desesperación.

—Mónica, eres la persona con más seguridad en sí misma que conozco, menos cuando estás delante de tus padres. Creo que deberías cortar ese hilo. Y creo firmemente que haber perdido tu móvil te puede ayudar a ello. Se me ocurre algo, intenta ocuparte de todo lo que necesite tu empresa desde el portátil. Reserva unas horas en algún momento del día, ya sea antes de irnos a desayunar o antes de cenar, para mirar el mail y resolver lo que sea necesario. Porque yo sé positivamente que todo lo que tenías en ese móvil está en tu portátil, ¿a que sí? —Mónica asintió con la cabeza—. Entre medias te vienes conmigo a las excursiones y te relajas un poco. Mónica, necesitas tomar distancia de todo: de tu empresa, de tu padre y de esa vida enfermiza que llevas. Al acabar el viaje, puedes volver a ella, si es eso lo que quieres.

—Sí, en cuanto a información no he perdido nada, sólo las fotos que había hecho —dijo Mónica sonriendo por fin.

Mónica se había incorporado en la cama y estaba mirándole fijamente con los ojos muy brillantes. No quería llorar, su padre no se lo merecía, pero la rabia que tenía en su interior

batallaba por salir. Aun así, se pudo controlar y meditó sobre la idea de Miguel.

Miguel sabía que ella necesitaba un momento para sopesar y decidir, así que se levantó y fue hacia el baño para darse una ducha. Al salir, se encontró con que Mónica seguía dónde la dejó, sentada en la cama.

—Debo reconocer que ayer en Viena lo pasamos fenomenal, y eso fue porque no tuve que responder a ninguna llamada. No voy a intentar conseguir un móvil nuevo todavía, intentaré resolver los problemas desde el portátil, tal y como sugieres. A ver qué tal. Hoy vamos a visitar Bratislava ¿nos concentramos en eso, por favor? —Propuso Mónica.

Miguel sonrió y la abrazó. Sabía que estaba dando un gran paso y estaba convencido de que era por su bien. Al rato, ambos salían hacia el comedor para tomar su desayuno.

“Bratislava, capital de la reciente República Eslovaca. Paseo guiado por el centro de la ciudad, durante el cual podremos ver el Palacio del Arzobispado, el Teatro Nacional, la Catedral de San Martín, la Puerta Michalska y el Ayuntamiento”, leía Mónica mientras se tomaba su café.

Levantó la vista justo cuando Brad entraba en el comedor. Se le quedó mirando y él puso cara de perro tristán. Mónica se echó a reír y a Brad se le iluminó la cara.

—¿Me perdonas? —dijo Brad con la voz muy suave cuando se acercó a ella—. Te he traído esto —continuó sin esperar respuesta con una voz que parecía más bien un susurro.

Mónica miró la mano de Brad que le tendía una mini cámara digital.

—Qué gran idea, pero no era necesario. Ya te había perdonado. Siento haber reaccionado así, pero fue un duro golpe —contestó Mónica cogiendo la cámara.

—Cuando acabes el viaje, puedes descargar las fotos en tu portátil y me la devuelves, si quieres. —Dijo Brad—, he pensado que como esta noche tenemos actuación de un grupo local, estaré más tranquilo, pues sólo tengo que controlar que salen al escenario a su hora. ¿Te apetece que nos veamos en la Sala Azul para ponernos al día?

—Me parece bien. Nosotros podemos sentarnos en un lateral, alejado del escenario y así te escaqueas o pasas cuando puedas —propuso Mónica.

Brad sonrió asintiendo y siguió su camino.

La excursión por Bratislava iba a ser a pie, era una ciudad manejable y no muy grande. Además, el muelle del barco estaba convenientemente situado en el centro de la ciudad.

Se formaron dos grupos de viajeros para hacer la excursión más personalizada. Miguel y Mónica iban en el grupo guiado por Paolo, cosa que les encantó a ambos. Al poco, ambos grupos comenzaron su visita. Iban casi a la par.

Se podía apreciar en sus edificaciones que Bratislava era una ciudad con gran influencia húngara y austriaca. Al llegar a la plaza Mayor, se quedaron maravillados de la vida que acogía. En uno de los laterales, se encontraba el imponente Ayuntamiento. Mónica y Miguel, no dejaron rincón sin fotografiar a la vez que atendían las explicaciones de un dicharachero Paolo, que se notaba que estaba disfrutando de la visita.

Cada vez que hacía una pregunta o esperaba que alguno de los viajeros contestase algún detalle obvio, era Miguel el que contestaba. Siempre estaba al quite. Mónica se reía para sus adentros, veía lo que estaba pasando. Incluso Marco y Kevin se habían dado cuenta y se hacían comentarios poniendo sonrisitas maliciosas.

La ciudad estaba salpicada de estatuas metálicas, colocadas en zonas estratégicas y cercanas al público: un fotógrafo en una esquina, un operario saliendo de una entrada de alcantarilla, un soldado haciendo guardia; hasta en una de sus calles te podías encontrar a Hans Christian Andersen esperando a que un turista pasara.

En un momento dado, se les ocurrió comprar una botella de agua pues llevaban mucho andado.

Entraron en el primer establecimiento que vendía refrescos, pidieron la bebida y al pagar se quedaron de piedra con el precio.

—Es la botella de agua más cara que he comprado nunca —dijo Mónica, al salir de la tienda, entre escandalizada y divertida.

A la hora de la comida, el grupo se encaminó hacia el barco. Tomaron un refrigerio en la cubierta exterior, mirando hacia la ciudad. Sólo había llegado su grupo, así que Paolo seguía explicando curiosidades de la ciudad y Miguel seguía atendiéndole como un alumno aventajado.

Uno de los pasajeros se interesó por una edificación que estaba en uno de los extremos del puente que tenían delante.

—¡Ah! Eso es un OVNI que se estrelló y se quedó aquí sin poder volver a casa —dijo Paolo riéndose y esperando la reacción del grupo que le escuchaba.

Todos se quedaron tan atónitos que tuvo que ser Paolo el que volviese a hablar.

—Es broma, Jajajajaja. Esa estructura con forma de platillo volante alberga un restaurante, que se llamaba Bystrica, pero desde el año 2005 se llama UFO (o sea OVNI) y ofrece una buena vista panorámica de Bratislava. Así que, como veis, no mentía —dijo Paolo sonriendo y continuó dando algunos datos más sobre el puente—. Este puente ha tenido varios nombres a lo largo de los años, comenzó como Puente de la Insurrección Nacional Eslovaca (*Most SNP*), después Puente Nuevo (*Nový most*) y Puente OVNI hasta que en el año 2012 volvió a llamarse Most SNP...

Todo el pasaje se quedó mirando, escuchando y admirando esa obra de ingeniería.

La tarde era de excursión libre. Miguel y Mónica decidieron volver a hacer la mayoría del recorrido para seguir haciendo fotos. Se tiraron toda la tarde perdidos por las callejuelas de la zona vieja de Bratislava. No se cansaban de recorrerlas y esas estatuas, diseminadas por la ciudad, daban mucho juego para las fotos de Instagram. “Voy a sacar buen provecho de tener la cámara digital”, pensó Mónica.

Al acercarse la hora de la cena, volvieron al barco para descansar un rato y arreglarse antes de ir al comedor. Al mirar el portátil, Mónica vio que casi no habían entrado mails y los que había recibido no eran urgentes, así que se puso de muy buen humor.

Ese día tocaba comida típica de Eslovaquia, el menú que les sirvieron comenzaba con una finísima crema de champiñones, seguida de *halusky*, una pasta con salsa de queso de oveja llamado *bryndza*, salpicada de unos pequeños dados de tocino frito; de postre, crepes de diferentes sabores. Todo acompañado por una cerveza rubia de la región. Miguel y Mónica se lo comieron todo, estaban hambrientos después de la caminata que se habían dado.

Durante la cena, Mari Paz comenzó una de sus conversaciones preguntando a Eugenio y Julia algo más sobre su vida. Ellos explicaron que trabajaban juntos en su estudio de arquitectura.

—Julia es la que nos consigue clientes, tiene muchos recursos y sabe explicarse muy bien. Yo soy más de tirar líneas y dibujar, el trato social no me resulta tan sencillo como a ella —dijo Eugenio mirando a Julia con admiración.

—Bueno, pero Eugenio es un gran “resuelve problemas”. Si tienes algún problema, cuéntaselo que no parará hasta encontrar una solución —comentó una Julia que miraba ensimismada a su marido.

—Se nota que os queréis mucho, qué bonito —dijo Mari Paz con cara de satisfacción.

—Y ¿qué os ha parecido el puente del OVNI? Como sois arquitectos seguro que tenéis alguna opinión interesante al respecto —preguntó Mónica, ante la atónica mirada de Miguel pues era la primera vez que la veía integrarse.

El resto de la cena, fue una conversación sobre lo que opinaba cada uno del puente de Bratislava.

Al terminar de cenar, todos se dirigieron a la Sala Azul para dejarse entretener por el espectáculo de turno. Al llegar a la sala, el grupo se desperdigó, Miguel y Mónica se sentaron en un lateral como habían acordado. Al sentarse, llegó Paolo, Miguel empezó a ponerse nerviosillo.

—¿Ha ido bien el día, chicos? —dijo Paolo—. Espero que ahora el espectáculo os guste, ya veréis qué original. ¿Queréis alguna bebida? Voy a la barra.

Mónica puso cara de: “¡Ah! ¿Pero se va a sentar con nosotros?” Y Miguel cara de: “¡Qué bien se va a sentar con nosotros!”

—Voy contigo —dijo Miguel. Y se fueron juntos hacia la barra.

En ese momento, salía Brad al escenario a presentar la actuación.

“¡Señoras y Señores! Espero que todos hayamos pasado un gran día en Bratislava. Como colofón, os presento a ¡The Splenders!... Un aplauso, por favor”.

Al escenario, salieron tres chicos y tres chicas con escobas, tapas metálicas, cajas de percusión, motosierras y demás cachivaches extraños que comenzaron a utilizar como instrumentos. Al cabo de un rato de haber empezado la melodía, salió al escenario una chica de piel muy clara y ojos muy azules. Tenía una forma muy delicada de moverse por el escenario y al llegar al centro, comenzó a cantar con una voz tan cristalina que toda la sala se quedó paralizada. El silencio reinó durante toda la canción. Nadie se atrevía a mover ni un dedo para no romper el hechizo que esa cantante había invocado.

Al terminar la primera canción, cuando la sala en pleno estaba en pie y aplaudiendo, aparecieron todos: Miguel, Paolo y Brad, y se sentaron en la mesa con Mónica. Al terminar la tercera canción, la cantante salió del escenario y el grupo tocó, de nuevo, una melodía de percusión con sus cachivaches.

En ese momento, Paolo y Miguel aprovecharon para empezar a hablar, Brad miró a Mónica.

—¿A que tiene una voz espectacular? Son unos músicos callejeros que descubrí en un viaje anterior —dijo Brad.

—Es impresionante la voz de esa chica. Alguien debería descubrirla.

—No, no quieren dedicarse profesionalmente a ello. Lo hacen como hobby. Todos tienen otros trabajos y muy buenos —comentó Brad.

—Cuando haces las cosas por pasión, salen así de bonitas —reflexionó Miguel.

—¿Tú tienes alguna pasión? —Le preguntó Paolo.

Y se enfrascaron en una conversación, que se convirtió en privada, ya que los otros dos no podían escucharles debido al volumen de la melodía que hacía el grupo con su actuación.

Mónica estaba un poco nerviosa con Brad tan cerca de ella. Hacía mucho tiempo que no sabían nada el uno del otro y no sabía muy bien cómo comportarse.

—¿Salimos a la cubierta exterior a tomar el aire un poco? Yo ya no tengo nada que hacer por hoy —dijo Brad.

Mónica se quedó un rato sopesando, pero enseguida aceptó la propuesta, se levantó de la mesa y cogió su copa para llevársela a la terraza superior.

La noche era muy agradable. Desde el barco, se podía apreciar el skyline de Bratislava sobre un cielo negro como boca de lobo, pues en esa zona, con la contaminación lumínica del embarcadero, no se podían ver estrellas. La sensación era de quietud, la ciudad se estaba preparando para irse a dormir.

—¿Te apetece dar una vuelta por la ciudad? Me han confirmado que hasta dentro de dos horas no nos pondremos en marcha hacia Budapest.

A Mónica le pareció una gran idea y ambos se dirigieron a desembarcar para perderse en las calles de Bratislava. Al salir del barco, se cruzaron con Mari Paz que salía del baño e iba de

vuelta a la Sala Azul, les saludó con complicidad y siguió su camino.

Iban andando en silencio, uno al lado del otro. Mónica le miraba, pero cuando él bajaba la vista para mirarle, ella la desviaba. No sabía muy bien qué pensar de Brad. Su recuerdo de la universidad era muy agradable, pero ya no recordaba los detalles.

—Ha sido una sorpresa encontrarte aquí. No sabía que habías cambiado los números por el espectáculo —dijo Mónica sonriendo y decidida a averiguar algo más de este enigmático encuentro.

—Jajajajaja... Pues mira es una forma de verlo, pero no he cambiado nada por nada. Tengo una empresa que se dedica a fusiones y adquisiciones. Así que sí, sigo con los números —explicó Brad.

—¿Entonces?

—Digamos, que estoy aquí investigando para mí. Hago este viaje, en el Sweet Symphony, un poco de incógnito para averiguar si esta empresa es viable para invertir en ella. Como me gustaba tanto el teatro, aprovecho para enseñar algunos trucos sobre el tema al personal —explicaba Brad — y para hacer más creíble mi tapadera. En fin, como ves, estoy haciendo un poco de todo.

—Pues yo te puedo decir unas cuantas cosas que deberías cambiar del barco —dijo Mónica sarcásticamente— por que ¡madre mía! Esa bañera necesita alguna que otra reforma.

—Sí, ya sé que hay que actualizar un poco el barco, pero quiero que siga con esa personalidad decadente y acogedora. No quiero que se convierta en un barco como La Dama del Danubio. Primero, porque me gusta más así y segundo, porque quiero ofrecer una oferta de barcos que resulte interesante a diferentes tipos de clientes.

—Pues a mí me parece que La Dama del Danubio es un barco espectacular con un servicio de lujo.

—No te digo que no, pero hay que tener variedad de propuestas. Aunque a mí me parece que carece de personalidad, es un barco aséptico. Prefiero el ambiente del Sweet Symphony junto con ese trato cercano que le caracteriza —dijo un apasionado Brad.

—No sabía que te interesaba el turismo y mucho menos los cruceros fluviales.

—Ni yo —dijo Brad sonriendo— pero me surgió esta oportunidad y me lo estoy planteando. Bueno, lo tengo casi decidido, a decir verdad.

—¿Ya tienes un veredicto? ¿Cuál es?

—Pues, ha surgido un imprevisto que puede que lo cambie, así que todavía me lo guardo para mí —dijo Brad mirando fijamente a Mónica.

Hubo un silencio entre ambos, sólo se escuchaban sus pasos sobre las calles empedradas de la ciudad.

—¿Y tú?, ¿qué tal te ha tratado la vida? Sé, por mis padres, que montaste una empresa de software, ¿qué tal te va?

—Sí, mi empresa se dedica a crear software personalizado para la gestión de empresas. También me gusta innovar, así que a veces nos juntamos e intentamos crear otro tipo de software, uno que pueda gestionar otras cosas, a modo de incentivo y para no estancarnos. —A Mónica le gustaba tanto lo que hacía que no podía hablar sin que se le notase esa pasión que sentía por la informática—. Mi empresa va estupendamente, pero según Miguel me está estresando. Es culpa suya que estemos aquí, quería que hiciese un descanso por salud. Ya sabes lo dramático que puede llegar a ser —dijo haciendo una mueca.

—Pues qué suerte he tenido de estar precisamente en este barco. Esta naviera tiene tres. ¿Crees en el destino?

—Nunca me lo he planteado, sólo creo en la suerte, las coincidencias y en el trabajo bien hecho

—concluyó Mónica tajante.

Continuaron andando en silencio. Las calles de Bratislava estaban casi vacías, había gente dentro de los restaurantes, pero Mónica y Brad ya llevaban tiempo sin cruzarse con nadie. Perdidos entre adoquines y edificios de influencia austro-húngara, a lo lejos escucharon música. Casi sin darse mucha cuenta de ello, ambos se encaminaron hacia allí; llegaron a un pub estilo irlandés. Desde su puerta, se podía escuchar mejor la canción que sonaba.

“I’m walking on sunshine, woaaaaah
I’m walking on sunshine, woaaaaah,
And don’t it feel good
Hey, all right now”

Se miraron a la cara y dijeron a la vez: “¡Katrina & The Waves!” Y se encaminaron a grandes zancadas hacia dentro del pub. Al llegar, había gente bailando en medio del local y ellos, ni cortos ni perezosos, se juntaron con los otros y empezaron a saltar como locos.

Mónica se sentía rejuvenecer y se dejó llevar por la música. Brad empezó a bailar a su lado, dejándose llevar también y al mismo tiempo la observaba. Se notaba que Mónica era más mayor que cuando estudiaban juntos. Tenía unas graciosas arruguitas depositadas en las esquinas de sus preciosos ojos, pero seguía siendo la misma Mónica. En ese instante, le vinieron todos los sentimientos de golpe.

Brad estaba coladísimo por Mónica en la universidad, pero nunca se atrevió a decirle nada por miedo a perder la relación que tenían. En esa época, ir de fiesta en fiesta era suficiente, pues tenía que sacar la carrera. Al finalizar los estudios, se dio cuenta de que ella no hacía nada por seguir en contacto, eso le desanimó tanto que fue incapaz de hacerlo él.

Esta canción era su canción. En cuanto la escuchaban en alguna fiesta, siempre, sin excepción, se ponían a saltar y bailar. Era como un himno de la alegría que les hacía borrar todo lo malo y quedarse sólo con lo bueno. Como hacer borrón y cuenta nueva. Cuando acababa la canción y ellos estaban exhaustos de bailarla, siempre se sentían mejor.

Y esta vez no fue una excepción. Al finalizar la canción, Mónica estaba agotada y Brad sudaba la gota gorda. Se acercaron a la barra, a pedir unas bebidas para refrescarse y se sentaron en dos taburetes.

Estaban felices y exhaustos, parecía que habían vuelto a la universidad. Se miraron a los ojos y se encontraron. Sí, allí estaban el Brad y la Mónica de hacía 9 años. Se reconocieron y sonrieron. Sus caras, empezaron a acercarse poco a poco, como a cámara lenta, buscándose la mirada, buscando esa sensación perdida. El resto del mundo desapareció, era como si el local se hubiese quedado vacío, sólo estaban Mónica y Brad, nada más importaba.

De repente, Brad dio un respingo y miró el reloj, eran casi las 12 de la noche. Disponían de muy pocos minutos para llegar al barco si no querían quedarse en tierra. Cogió a Mónica del brazo y la sacó casi en volandas. Mónica, no opuso resistencia al principio pues le pilló de improviso, pero de repente se paró y puso los brazos en jarras.

—¿Qué demonios...? —dijo Mónica, pero no pudo terminar la frase pues Brad le atajó.

—Sólo tenemos 10 minutos para llegar al barco. ¡Corre! ¡Ya!

Y se pusieron a correr como locos. Menos mal que no se habían ido muy lejos y que Bratislava era pequeña. En cuanto saltaron dentro del barco, quitaron el puente y cerraron la puerta para comenzar con la maniobra de salida.

Mónica y Brad, una vez dentro del barco, se miraron y empezaron a reírse a carcajadas. El miembro de la tripulación, que los estaba esperando para que entraran, se los quedó mirando y pensó que estaban locos.

—¡Madre mía! ¿Cómo se nos ha ido el tiempo tan rápido? —Dijo Mónica.

—Ya se sabe, cuando uno se lo está pasando bien...

Y ambos, se quedaron mirando esos ojos que se miraban en los suyos, cerca, muy cerca. Mónica podía sentir la respiración de Brad. “Pero ¿qué estaba haciendo? No podía dejarse llevar. Esos recuerdos que luchaban por salir a flote eran, pasado. ¿Si no tenía ni idea de qué podría pensar Brad aparte de querer pasar una buena noche? ¡Pensándolo bien! Tampoco era tan malo querer pasar una buena noche. ¡Por los viejos tiempos!” Y Mónica se acercó un milímetro, casi imperceptible, hacia Brad.

Pero Brad se separó. El momento había pasado. Muchas veces si haces las cosas sin pensar, pasan sin más, pero como les des muchas vueltas...

—Estoy agotado, lo siento. Buenas noches. Nos vemos mañana —dijo un azorado Brad antes de irse hacia su camarote.

Mónica, atónica, asintió aturullada y dijo que sí, que hasta mañana.

Esztergom

A la mañana siguiente, Mónica y Miguel se despertaron con el barco parado en un muelle que parecía creado ex profeso para ellos. Habían llegado a Esztergom.

—Mónica, ¿estás despierta? —Dijo Miguel.

—Sí, estaba pensando.

—¿Qué tal ayer? —Preguntó Miguel con retintín—. Me dijo Mari Paz que os vio desembarcar a ti y a Pumuki. ¡Anda que avisas!

—¡Hombre! Estabas en un *tête à tête* con Paolo y no quería molestar. —Dijo Mónica con voz sarcástica—. ¿Y tú?, ¿te lo pasaste bien?

—La verdad es que Paolo es tan agradable... se puede hablar de cualquier cosa con él. Aunque tenía que estar al tanto de lo que ocurría con los pasajeros, siempre tenía una palabra para mí. Sí, me lo pasé muy bien, hacía mucho que no me lo pasaba tan bien. Pero tú no me has contestado.

—Pues mi noche fue extrañamente mágica. Era como si hubiese vuelto a la universidad, pero estaba en Bratislava, jajajajaja y Brad, bueno, pues volvía a ser Pumuki —dijo Mónica con una sonrisa tonta en la cara.

Miguel no pudo ver la cara de Mónica porque seguía tumbado mirando al techo. Se incorporaron a la vez, estaban de frente uno del otro, al verse, se echaron a reír pues ambos tenían esa expresión tonta que se te queda en la cara cuando has estado soñando con algo precioso y agradable.

Se fueron levantando poco a poco, andaban muy perezosos esa mañana, y se prepararon lentamente para ir a desayunar.

En la mesa del desayuno eran la comidilla, los dos se habían ido con dos personas de la tripulación la noche anterior y todos lo habían presenciado. Aunque Mari Paz tenía ganas de hacer alguna que otra pregunta, se mordió la lengua y no las formuló. Prefería dejarles a ellos la libertad de contarle, si querían, y no presionarles.

Como ya era costumbre entre Mónica y Miguel, Mónica se puso a leer la descripción del día en su catálogo.

“Escala en Esztergom/Stúrovo. Excursión hacia el “Recodo del Danubio” en autobús. Primero visita de la Basílica de Esztergom, capital religiosa de Hungría. Después se continuará en autobús hacia Vysegrad, en el corazón del famoso “Recodo del Danubio” para admirar el panorama a más de 200 m de altura. Visita a Szetendre, ciudad situada cerca de Budapest dónde viven numerosos artistas, por lo que se le conoce como el “Montmartre” húngaro. Seguiremos en autobús hasta Budapest, allí el Sweet Symphony ya nos estará esperando y esa noche nos aguardará una sorpresa”.

—Nos espera otro día completito —comentó Mónica mientras untaba con mermelada su croissant.

Lejos en la memoria, quedaban ya los desayunos con fuentes de chocolate y capuchinos exquisitos de La Dama del Danubio. Ambos se habían acostumbrado a los desayunos del Sweet Symphony, los cuáles se caracterizaban, sobre todo, por ofrecer gran cantidad de fruta. Nunca se acababa.

Mónica se dio cuenta de que Mari Paz no le quitaba ojo. A Mónica le caía bien Mari Paz y Fernando, por eso no quería ser descortés con ellos, así que al final optó por contar una versión light de su noche por Bratislava. La verdad es que, al contar la historia, se iba calentando cada vez más y casi lo cuenta todo. Dejó la historia justo con la canción de Katrina & The Waves. El resto de la historia era sólo de ella y de Brad. Los demás compañeros de mesa no comentaban nada, pero ponían el oído para enterarse.

Miguel miraba a Mónica con cara de satisfacción. Al final había conseguido que volviera a ser ella misma. Había conseguido que se olvidase, por unos días, de sus líos de oficina. Estaba muy satisfecho con lo bien que estaba saliendo su plan.

Pero Miguel estaba todavía más satisfecho con lo bien que había salido el plan para él. A esas alturas de su vida, encontrar una persona nueva con la que congeniar como lo hacía con Paolo, no era nada fácil. Uno tiene sus manías y cree que nadie puede aceptarlas, pero con Paolo todo era sencillo. No quería hacerse ilusiones con nada, sólo quería vivir el momento y eso era lo que tenía previsto hacer.

Durante ese desayuno, no se encontraron ni con Brad ni con Paolo. Al terminar, todos fueron desembarcando de camino al autobús. Parecía que todo el pasaje había contratado la excursión al recodo del Danubio.

Se volvieron a formar dos grupos y esta vez a Mónica y a Miguel les tocó el grupo de Brad. Brad no tenía tanta labia como Paolo, no se sabía ni la mitad de anécdotas. Aunque para no ser guía turístico, se las apañaba bien. Mónica y Miguel estaban impresionados.

Cuando estaban visitando la contundente Basílica de Esztergom, Brad se acercó a Mónica.

—¿Qué tal estás? ¿Todo bien?

—Sí, esto es impresionante, ¿verdad? —comentó Mónica mirándole a los ojos para ver cuál era su expresión.

Brad pensó que Mónica estaba preciosa aquella mañana. Le habría dado un beso allí mismo, pero no era apropiado, además, estaba confuso, no tenía ni idea de qué era lo que pensaba Mónica de él. Notaba la atracción, pero tenía miedo de que fuesen imaginaciones suyas.

Mónica se dio cuenta de las intenciones de Brad, a punto estuvo de hacerle la cobra si se hubiese atrevido a acercarse más. Ese no era el sitio ni el momento, no. “Además, si anoche no quisiste, ahora te aguantas un poquito, majo” —pensó.

Miguel no se enteró de nada, estaba más pendiente de buscar a Paolo que de visitar la basílica. Mónica se dio cuenta de esta situación y tomó una determinación.

—Miguel, ¿por qué no haces mutis por el foro y te pasas al otro grupo?

—¿Te vendrías?

—¿Para qué? ¿Para ver como se te cae la baba? Prefiero estas vistas —dijo Mónica cabeceando en dirección a Brad.

Así que en un momento en el que ambos grupos casi se juntaron para subir al autobús, Miguel hizo el cambiazo.

Brad se dio cuenta, y entró en pánico pensando que Mónica también se iría. Cuando la excursión se volvió a poner en marcha y vio que Mónica seguía en el mismo autobús que él, se le iluminó la cara. A Mónica esto no le pasó desapercibido y le gustó.

La excursión continuó por una carretera muy verde y sinuosa. Estaban atravesando un exuberante bosque. Los laterales de la carretera, a veces se veían plagados de helechos y otros arbustos gigantes, y otras veces, había árboles gigantes puestos en fila. Era un camino precioso. Había ocasiones en que los árboles de los laterales eran tan altos y frondosos que parecía que iban por un túnel natural. Llegaron a una zona dónde había un claro en la carretera y el

autobús se introdujo por allí y paró.

Todos se apearon del autobús para ver las vistas que eran espectaculares. Allí estaba, el recodo del Danubio rodeado de colinas verdes. Unos pueblecitos por un lado, un bosque por otro, el castillo detrás... Mónica se puso a hacer fotos y sin darse cuenta, Brad entró en uno de sus encuadres. Estaba hablando con un pasajero. Muy serio y súper interesante. Muy profesional. ¡Click! Le sacó la foto.

El ruido atrajo la mirada de Brad que se la quedó mirando con cara de pillado. Se acercó a ella, no sabía para qué, pero tenía la necesidad imperiosa de acercarse, de rozarse con ella...

—¡Te pillé! —dijo Mónica.

Brad sonrió. —¿Te apetece que nos tomemos una luego?

—¿Me vas a enseñar Budapest, también? Ayer estuvo muy bien. Menos mal que hoy no tendremos que navegar de noche —dijo Mónica con una sonrisa traviesa mientras se alejaba haciendo fotos.

Brad no la siguió, le costó dejarla ir, pero podría resultar chocante para el resto del pasaje. Podría parecer acoso. Se quedó donde estaba, mirando cómo se iba y resolviendo las dudas de otro pasajero.

La siguiente parada, era un pueblecito de artistas plagadito de casitas de colores con tejados a dos aguas, muchas tiendas de artesanía y mucha vegetación alrededor. Todo ello le parecía tan cautivador a Mónica, que no paraba de hacer fotos a todos los detalles que le resultaban interesantes.

Aunque estaba sin Miguel, no se sentía sola pues tenía su cámara prestada y a Brad cerca, dando sus explicaciones. Antes de ir de vuelta hacia el autobús, entró en una cafetería a tomarse un refresco para apreciar cómo era el ambiente en ese sitio tan pintoresco. Estaba allí, saboreando su bebida, cuando vio pasar a Miguel con Paolo. Ambos iban muy animados hablando y parecían felices. No se le ocurrió llamarlo, prefería dejar que se divirtiese, se lo merecía, pues echaba muchas horas en el hospital y para él este descanso también era necesario.

Al final de la tarde, cuando llegaron a Budapest, Miguel y Mónica se encontraron en el camarote.

—¿Qué te ha parecido esta excursión? Ha estado bien, ¿no crees? —Preguntó Miguel.

—Sí, qué carretera más bonita y el pueblecito era encantador —contestó Mónica.

—¡Uf! Estoy molido. Me da tiempo a darme una ducha rápida, ¿verdad?

—Sí, tranquilo, nos queda una hora para la cena. Yo voy a echar un vistazo a los mails que hace tiempo que no los miro —dijo Mónica.

Los mails que entraban no eran urgentes y los despachó enseguida. Ya estaba a punto de apagar el portátil cuando entró un mail de su padre con el título: “¿¿¿¿Dónde estás????? ¿¿¿Por qué no me coges el teléfono???” Mónica lo leyó y empezó a alterarse. Miguel que iba de camino a la ducha, vio la cara de su amiga y se puso a leer por encima de su hombro. El padre de Mónica decía muchas tonterías de forma muy altanera. Sentía pena por ella. Mónica, tomó aire, cerró los ojos y le dio al botón de contestar.

“He perdido mi móvil, por eso no has podido contactar conmigo y no he podido contestar antes a tus mensajes. Lo siento. Estoy bien. El proyecto de MC Motors va bien, no te preocupes, pero ahora voy a terminar mis vacaciones y a la vuelta te lo cuento todo. Te quiere, Mónica”.

Miguel se sintió muy orgulloso de ella, supo que por fin empezaba a tomar las riendas de su vida. Ver las cosas desde lejos, da otra perspectiva y comenzaba a tener fuerzas para enfrentarse a sus miedos. Los que le generaba no estar a la altura de lo que su padre esperaba de ella. Mónica, que notó como la miraba, le devolvió una mirada sonriente.

—Anda, métete en la ducha que si no llegaremos tarde a cenar.

Esa noche para cenar tocaban típicos platos húngaros, así que el menú comenzaba con un poco de *Gulash*, un plato hecho con carne, patata, vegetales, pimentón y otras especias. Después *Rakott Krumppli*, unas patatas al horno con huevos, salchichas, crema agria y queso. Y de postre torta *Dobos*, seis finas capas de bizcocho intercaladas con crema de chocolate y cubierta de caramelo.

Miguel y Mónica estaban comiendo a dos carrillos. Ese viaje les había abierto el apetito y esperaban estar gastando las calorías de más con tanta excursión. De otra forma, tendrían que matarse en el gimnasio a la vuelta.

En la mesa, había una animada conversación iniciada por Mari Paz, por supuesto, sobre si el plato de las patatas al horno, se había realizado o no con las sobras de las mejores partes de las cenas y desayunos de días anteriores. Siempre tenía alguna ocurrencia que no dejaba indiferente a nadie.

Antes de que la cena tocase a su fin, un Paolo muy sonriente, informó a los comensales que a medida que fuesen terminando de cenar subiesen a la cubierta exterior porque les esperaba una sorpresa.

Mónica, buscó con la mirada a Brad y no lo encontró. Subió con Miguel seguido de Paolo (últimamente iban juntitos a todos lados) a la cubierta superior. Al salir al exterior, les iban entregando una copa de *sekt* fresquito (un vino espumoso alemán) a cada pasajero y después cada uno iba tomando posiciones en la terraza.

Corría una agradable brisa. Budapest se veía preciosa, con todos sus monumentos y edificios principales iluminados. El ambiente en el embarcadero era muy animado, se veían varios pubs para tomar una copa a la orilla del Danubio y estaban bastante concurridos.

Cuando todos los pasajeros llegaron a la cubierta exterior, el barco empezó a moverse. Los viajeros se miraban mutuamente, preguntándose de qué iría la sorpresa. En ese momento, empezó a sonar de fondo música de Schubert. Todo el pasaje se quedó conteniendo la respiración, y es que no era para menos, la escena empezaba a ser tan bonita y envolvente que no parecía real. Pasar entre el edificio del Parlamento y el Bastión de los Pescadores, ambos preciosamente iluminados mientras se escuchaba música clásica a todo volumen, puede emocionar a cualquiera.

El barco se iba acercando al legendario puente de las cadenas, pomposamente iluminado también, y Mónica no podía apartar la vista de él. Había perdido de vista a Miguel. En ese momento, notó que alguien se ponía a su lado y cuando giró la cabeza, vio que era Brad que le sonreía muy orgulloso.

—Parece que este experimento está saliendo bien. ¿A que es precioso?

—¿Ha sido idea tuya? —Preguntó Mónica.

—Sí, se me ocurrió antes de hacer el viaje, pero no sabía cómo iba a quedar.

—Pues te aseguro que este paseo por el Danubio, a la luz de la luna, mientras escuchamos música clásica, me parece insuperable.

Y se quedaron mirándose a los ojos. Era un momento tan romántico...

—¿Dónde anda Miguel?

—Le he perdido la pista. Si ves a Paolo, seguro que le encuentras. —Dijo Mónica sonriendo.

—Ven.

Brad agarró a Mónica por el codo y se parapetaron detrás de una esquina del barco, fuera del alcance de las miradas del pasaje. Estaban muy pegados, sus manos se rozaban, Brad bajó la cara hacia Mónica. Mónica le miraba a los ojos. Se sentía como hipnotizada.

—Dime qué piensas. —Fue Mónica la primera que se atrevió a hablar y la voz le salió casi en un susurro.

—En que estaba coladito por ti en la universidad y no me creo la suerte que he tenido de que nos hayamos vuelto a encontrar. ¿Has pensado en mí?

En ese momento fue cuando Mónica se dio cuenta de que a ella también le gustaba en la época de la universidad, pero además, que Brad no se había ido de su corazón; seguía allí, agarrado con fuerza y con ganas de reconquistarlo de nuevo.

Brad se acercó un milímetro más, Mónica estuvo a punto de esquivarlo. Su ego le decía que no, que necesitaba más información, más tiempo, más... pero su corazón ganó. Se besaron y el mundo a su alrededor se iluminó como si de fuegos artificiales se tratase.

Se pasaron toda la noche hablando y poniéndose al día. Se dieron cuenta de que tenían infinidad de cosas en común, sobre todo, en lo referente a la familia y los negocios. Brad, entendía a la perfección el problema que tenía Mónica con su padre y le dio muy buenos consejos, él había pasado por algo parecido.

El resto de la noche pasó como en una especie de bruma, entre besos y caricias; con esa sensación de cuando uno va bajo los efectos del alcohol, pero sin haber bebido que es mucho mejor, pues luego no hay resaca. O sí...

Budapest

Esa mañana, el sol brillaba como nunca en Budapest. Mónica se despertó tan a gusto que no se daba cuenta ni de dónde estaba. Miguel, a su lado, estaba igual y de vez en cuando se le escuchaba suspirar. Al oírlo, Mónica supo que estaba despierto.

—¿Dónde te metiste anoche? Te perdí —le preguntó Mónica.

—Cuando acabó la excursión por el río, nos fuimos a pasear por la ciudad. Resulta que Paolo se la conoce muy bien, me cuenta los sitios con tanta pasión que me está empezando a gustar mucho Budapest. ¿Qué tal tu noche?

—Impresionante. Creo que estoy enamorada.

—Jajajajajaja Mónica Coleman se ha enamorado. ¡Esta sí que es buena! ¡Pero si ya estás casada con tu empresa!

—Me ofendes. ¿Es que crees que no puedo tener sentimientos? —Dijo Mónica levantándose de mala gana de la cama y metiéndose en el mini baño.

—¡Perdona! No creía que era tan serio, pero no me negarás que es muy raro oírte decir eso.

—No sé si es serio o no, pero que estoy enamorada, es verdad —dijo Mónica sonriendo de nuevo.

—Pues vaya par de dos que estamos hechos. Nos vamos de viaje unos días y nos enamoramos jajajajajaja —reía Miguel con ganas— el caso es que mañana se acaba el crucero. Por lo menos hoy es el último día y no se navega. Espero que no tengan tanto trabajo y podamos estar juntos algún rato.

—Ya. Esto es una locura. Al principio no quería venir y ahora no quiero que se acabe. Será mejor no pensarlo —sentenció Mónica.

—Pues te propongo disfrutar del día y lo que tenga que ser, será —propuso Miguel tan positivo como siempre.

—Pues vamos a desayunar que, si no, nos perderemos la visita panorámica de la ciudad.

Mientras tenían esta charla, se habían estado arreglando para ir al desayuno. Ya estaban saliendo por la puerta cuando apareció Brad en el pasillo.

—Tú sigue hacia el comedor, ahora voy —dijo Mónica parándose a saludar a Brad.

Como todavía no había cerrado el camarote, agarró a Brad por el brazo y lo empujó dentro. Miró a ambos lados y cerró la puerta. Allí estaban, otra vez cara a cara. Brad tenía una sonrisa de oreja a oreja y sus ojos brillaban de ilusión.

—Me estás secuestrando. Yo iba a

Mónica no le dejó seguir y le besó en la boca. Un beso lento, jugoso y dulce que dejó a ambos extasiados.

—Siéntate en la parte superior, en la fila 2 del bus, durante la visita panorámica, ¿lo harás? —decía casi sin aliento— Así estaremos cerca y cuando acabe, te invito a comer en un restaurante que te va a encantar.

—Y ¿si alguien me quita el sitio? —Dijo Mónica con picardía.

—Pues le echas. —Y la volvió a besar.

Al rato, salieron hacia el comedor. En el pasillo se separaron. No daba buena impresión que la

tripulación se liase con el pasaje, aunque, ese miembro del personal fuese a convertirse en el próximo dueño de la naviera.

Al llegar a la mesa del desayuno, Miguel ya le había servido la fruta y los croissants que le gustaban a Mónica. Era el hermano ideal y ella le quería más por ello.

—Tengo plan para comer. ¿Qué harás tú?

—¡Ay, guapa! Yo ya tenía plan para comer desde ayer... —dijo Miguel riéndose.

Era perfecto, así no se sentiría mal por Miguel. Ya que fue él, el que la llevó casi a la fuerza a ese viaje, no quería abandonarlo. ¡Qué suerte tenían!

Budapest estaba preciosa esa mañana, ambos disfrutaron muchísimo de la visita panorámica. Pasaron por los grandes bulevares, vieron el Parlamento, el edificio de la Ópera, la Plaza de los Héroes, en la zona de Pest y el Bastión de los Pescadores, en la orilla opuesta denominada la zona de Buda...

Como de costumbre, Mónica no paró de hacer fotos y en esta ocasión, Brad aparecía en muchas de ellas, pues a veces estaba allí, de pie, hablando a los pasajeros. Paolo y él se iban turnando para dar las explicaciones de cada lugar, de esa forma, la excursión resultó muy amena pues cada uno tenía su estilo.

El autobús llegó al muelle y todos los viajeros se apearon. Al terminar la excursión, los pasajeros podían disponer del tiempo a su antojo. Como habían estado unas cuantas horas paseando por la ciudad, la mayoría de ellos se fueron a sus camarotes para refrescarse un poco.

Este lapsus con los pasajeros, ayudó a Mónica, Miguel, Brad y Paolo a escabullirse sin ser demasiado vistos. Sólo vieron a Mari Paz, que no perdía detalle, como se despedía, disimuladamente, de ellos con una sonrisa.

Las dos parejas estaban exultantes, haciendo algo semi-prohibido: escapar del resto. Ahora se disponían a tomar las calles de Budapest. Al final, decidieron que comerían juntos. Se dirigieron al mercado central de la ciudad. Una imponente construcción de ladrillo y hierro que albergaba puestos de venta de todo tipo: artesanía, frutas, verduras, especias, longanizas, ... Los colores y los aromas iban cambiando, a medida que se pasaba de un puesto a otro.

Mónica y Miguel estaban extasiados viendo todos los puestos. No paraban de hacer fotos. En España, también existen este tipo de mercados, pero este mercado de Budapest tenía algo especial y no era sólo porque se podían ver algunas verduras y frutas exóticas, la diferencia estaba en los aromas. Había puestos con montañas de especias puestas para la venta: cúrcuma, jengibre, pimentón de todas clases: picante, dulce, verde.... ¡Era impresionante!

Brad y Paolo se pararon en un puesto de longanizas, primero; después, en uno de quesos de diferentes países y por último, en uno que vendían panes de muchísimas clases. Compraron una selección en cada uno de ellos. Una vez que tuvieron toda la parte gastronómica cubierta, se pararon en un puesto de bebidas y cada uno escogió lo que le apetecía beber, acto seguido, se dispusieron a salir del mercado.

—Pero ¿cómo?, ¿nos vamos ya? —Dijo Mónica en tono de alarma.

—Ya tenemos lo que veníamos a buscar, además el mercado es esto —dijo Brad estirando los brazos y señalando alrededor—, no hay mucho más que ver. ¿No tienes hambre? Vamos a tomarnos este aperitivo por ahí fuera.

Mónica y Miguel les siguieron refunfuñando como dos niños pequeños que no quieren salir de la piscina.

Al salir de allí, Brad y Paolo enfilaron hacia el puerto de nuevo. En sus orillas, discurría un paseo peatonal, salpicado de bancos, que ofrecían vistas de primera línea al Danubio. Escogieron uno de los mejores bancos, debajo de un frondoso árbol y se sentaron allí.

Mónica y Miguel miraban anonadados los movimientos de Brad y Paolo, parecían pasos de baile. Sacando la comida y disponiéndola para que todos pudieran elegir lo que les apetecía. No era la primera vez que estos chicos hacían un picnic parecido.

El tiempo era magnífico, ni frío ni calor. A esa orilla del Danubio, corría una magnífica brisa que alegraba el alma. El azul del cielo, el verde del agua, los edificios históricos y los barquitos surcando el río, dotaba al picnic de un ambiente de cuento.

Al terminar, Paolo dijo, un poco desanimado y mirando a Miguel, que debía volver al barco, porque no podía dejar sin atender sus deberes, siendo el director del crucero.

—No me importaría volver a descansar un poco —dijo Miguel.

—¡Ah! ¿Te vienes conmigo? ¡Estupendo! Si quieres, nos vemos en la cafetería, en un rato, que yo estaré allí. Tengo que controlar una charla sobre historia del arte húngaro, programada en la Sala Azul —comentó Paolo con cara de felicidad.

Brad miró a Mónica, no le apetecía nada volver, quería pasar más tiempo con ella. Además, Brad no tenía esas obligaciones, él estaba allí por libre.

—¿Tú también tienes que volver? —Le preguntó Mónica.

—No, si tengo un plan mejor...

—Yo no estoy cansada, si quieres, nos tomamos un café en alguna de estas terrazas que tienen tan buena pinta.

—¡Eso está hecho! —dijo un Brad encantado de poder hacer su deseo realidad.

Así que las dos parejas se dividieron, Brad y Mónica se quedaron solos. Empezaron a andar tranquilamente por la orilla del río. Había mucha gente que estaba dando un paseo a esa hora de la sobremesa. Llegaron a una terraza decorada de blanco, sillas, mesas y sombrillas; todo muy ibicenco y se sentaron. Pidieron un café con hielo, se recostaron en sus sillas y en ese momento vieron como pasaba el típico tranvía delante de ellos. Budapest dispone de una vía que discurre paralela a la ribera del Danubio.

—Mañana acaba el viaje —dijo Mónica un poco apesadumbrada, llevaba pensando en ello desde el beso de la noche anterior.

—Sobre eso, ¿necesitas volver a Madrid inmediatamente? Porque yo tengo billete para dentro de dos días. —Vio que Mónica le miraba con interés. Esto le dio ánimos para continuar—. He pensado que a lo mejor podríamos hacer el viaje de vuelta juntos.

Y se quedó conteniendo la respiración, en espera de la respuesta de ella. Había estado pensando en cómo sacar el tema, durante toda la mañana, y al final había decidido hacerlo como cuando se quita una tiritita, de golpe.

Esta proposición le llegó a Mónica tan de sopetón que no reaccionó al principio. Su primera reacción fue negativa. “¿Cómo voy a dejar que Miguel vuelva sólo a Madrid? Eso no sería ético, pobrecito”. Pero al segundo siguiente pensaba: “Claro, que si se lo explico seguro que lo entiende. No es como si le dejase colgado en el aeropuerto”.

—Me lo tengo que pensar y tendría que hablar con Miguel —dijo Mónica al final.

—Tengo que volver a casa a redactar el informe para mis socios. Aunque tendré unos días liados, no veo por qué no podemos seguir con “esto” a la vuelta, es decir, si tú quieres saber hacia dónde nos lleva —estas últimas palabras de Brad salieron como en un susurro.

A Mónica le dio un vuelco el corazón. “¡Él también lo siente!”

—¿Pero tú dónde vives?

—¡Ah! Creía que lo sabías; vivo en Pozuelo, al lado de Madrid.

A Mónica le desaparecieron de repente todos los obstáculos. “¡Vive a 20 minutos!”. Subió la cabeza para mirar a Brad cara a cara. Mirar a través de esos ojos azul marino, el color del fondo

del mar. Siempre se perdía cuando entraba en esos ojos y los había estado evitando desde el beso. El mundo empezó a ir a cámara lenta. Sus movimientos eran como si los hiciese otra persona. Notó que la mano de Brad le apartaba un mechón de pelo de la cara y se acercaba hacia ella.

—No te he preguntado si tienes pareja. Espero que no. —sonrió Brad.

—¿Por quién me tomas? Por supuesto que no. En este momento no tengo pareja, estoy volcada en mi empresa —dijo Mónica muy ufana.

—Pensaba que tu empresa iba bien.

—¡Claro! Porque estoy yo encima, controlándola.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué dura eres conmigo! ¿Quieres o no quieres saber hacia dónde nos lleva esto?

Mónica, cubrió la distancia que quedaba por recorrer entre ambos y se fundió en un beso con Brad. Ese beso lo decía todo, ese beso removía todo su ser, ese beso...

—¿Te parece esto una contestación? —Dijo Mónica casi sin aliento.

Y ambos se quedaron abrazados. Reencontrándose. Sabiendo que todo en el mundo volvía a estar en su sitio.

Sin darse cuenta, había llegado la hora de volver al barco para prepararse para la cena. Además, esa noche habría espectáculo de despedida, protagonizado de nuevo por la tripulación, y Brad era el encargado de que todo saliera bien.

De vuelta al camarote, Mónica se encontró con Miguel. Estaba con cara de preocupado. Algo le carcomía por dentro y no sabía cómo sacar el tema. Mónica le conocía tan bien que se dio cuenta de todo eso, sólo con echarle una mirada.

—Venga, suéltalo ya que me estás poniendo nerviosa. Ni que te hubieses quedado embarazado —dijo Mónica.

—Mira que eres bestia. ¡Jo! No puedo ocultarte nada, ¿eh?

Y Mónica levantó la cara, haciendo un gesto de superioridad.

—Pues es una locura. Al acabar este viaje, Paolo tiene dos semanas libres y dice que le gustaría aprovecharlo para conocerme mejor. Me ha preguntado, si me voy con él a Italia a visitar su pueblo. He llamado al hospital y he conseguido cubrir mi puesto unos días más. Me gustaría irme con él, pero primero quería comentártelo.

Mónica empezó a sonreír. Se sentía muy feliz por Miguel. Si él removía cielo y tierra para tener más días libres en el hospital, sabía que era porque estaba coladito por Paolo.

—Esto me pone las cosas mucho más fáciles a mí —sonrió Mónica.

—¿Por?

—Porque Pumuki me ha pedido que me quede dos días más en Budapest con él y volvamos juntos a Madrid.

Miguel se llevó las manos a la cara. —¡Mónica qué bonito es vivir! Estoy encantado de haberte impuesto esta escapada —dijo Miguel eufórico y abrazado a Mónica.

Se pusieron los dos a saltar encima de las camas, como niños a los que acaban de darles vacaciones.

—¡Anda! Tengo que avisar a Nora de que no vuelvo mañana. ¿Qué habrá pasado con mi huerto vertical? Se me había olvidado —dijo Mónica de repente al darse cuenta de que seguía sin teléfono móvil.

En ese instante, se percató de que se había desenganchado completamente del móvil y su vida era mucho más rica que cuando empezó ese viaje.

—¿Me dejas el tuyo para llamar a casa?

—Está ahí, mira a ver si tiene batería. He estado haciendo infinidad de fotos hoy y me he olvidado de él, por completo, después jajajajaja —se rio Miguel.

—Porras, pues no tiene batería. Voy a ver si me encuentro con Brad y le pido el suyo.

Acto seguido, Mónica salió del camarote. De camino hacia la sala Azul, se topó con Mari Paz que venía de frente con una cara muy risueña.

—¿Qué tal tu día por Budapest?, ¿lo habéis pasado bien?

—Hola Mari Paz, pues sí, la verdad es que es una ciudad preciosa. ¿Te puedo pedir prestado el móvil? ¡Ejem! Sigo sin comprarme uno y tengo que avisar en casa de que me voy a quedar dos días más por aquí.

—¡Qué bien! Me alegro mucho. Me imagino que el culpable es Brad ¿verdad? —dijo Mari Paz mientras le daba el móvil a Mónica.

Mónica no contestó. Se limitó a sonreír a Mari Paz, mientras asentía lentamente con la cabeza. Y se puso a hacer esa llamada. Al finalizar le devolvió el móvil.

—¿Os venís a tomar una cerveza a la cubierta exterior? Estamos despidiéndonos todos y nos gustaría que tú y Miguel, os pasaseis —le pidió Mari Paz.

A Mónica no le apetecía mucho, sólo había congeniado con Fernando y Mari Paz, pero le pareció una grosería negarse, así que se pasó por el camarote para avisar a Miguel y ambos se dirigieron a la terraza del barco.

Esas cervezas, fue el momento que mejor pasaron todos desde que se conocieron. Era como si de repente la relación hubiese pasado a otro nivel. No se sabía si era porque ya se acababa el viaje y no se volverían a ver o porque, de verdad, todos congeniaron. Pasaron un rato muy agradable, acabaron repartiéndose números de teléfono, direcciones de mail, se siguieron por Instagram, Facebook, ...

De camino al restaurante para la cena, se cruzaron con Brad, iba de vuelta hacia la Sala Azul para ir preparando el espectáculo de la noche. Todos le saludaban ya como si le conociesen de toda la vida. La verdad, es que Brad tenía muy buen don de gentes y caía muy bien. Al llegar a la altura de Mónica, se paró.

—¿Puedo decirte algo?

Mónica se detiene y le pide a Miguel que siga con el grupo.

—¿Te apetece pasar esta noche conmigo en mi hotel? Bueno, no es mío —dijo sonriendo y rascándose la cabeza—, es el hotel dónde he reservado habitación para las dos noches de más, pero puedo ampliarlo a una más, si te apetece.

La mente de Mónica empezó a maquinarse: “Si yo me voy a un hotel, que por cierto me apetece mucho, puedo dejar el camarote para que Miguel pueda pasar la noche con Paolo”. Y le salió una sonrisita pícara. Brad al verla le dijo:

—¿Eso es un sí?

—Sí, me parece una buena idea.

Al llegar al restaurante, Miguel ve la sonrisa pícara en la cara de Mónica.

—¿Qué?

—¿Quieres tener esta noche el camarote para ti sólo?

—¿En serio? ¿qué me vas a pedir a cambio? —dijo Miguel con cara de pillo.

—Pues es tuyo. Pero eso querrá decir que cuando me vaya esta noche, será nuestra despedida hasta que vuelvas a Madrid. Si vuelves —señaló Mónica.

—No seas tonta, ¿cómo no voy a volver? No puedo dejar el hospital, así como así. Ya he tenido mis más y mis menos para conseguir estas dos semanas extra.

—Sólo quiero que hagas lo que te hace más feliz Miguel.

Y se fundieron en un abrazo.

—Déjame, que me voy a poner a llorar ya y todavía tenemos una larga noche por delante —dijo Miguel con una sonrisa.

En ese momento, los camareros empezaron a repartir los platos de la cena. Esa noche era especial, el menú estaba repleto de típicas recetas húngaras. Comenzaron probando *Lángos*, un pan frito cubierto con crema agria y queso. Como plato principal degustaron *Paprikás Csirke*, pollo a la crema de pimentón. Y de postre *Meggyleves*, una sopa de cerezas adornada con crema agria. Todo ello regado con un vino tinto de la tierra: *Mészáros Pál Bikavér*.

Esa cena fue la más amena del grupo de Mónica y Miguel. Todos vestidos de gala, contaban como habían pasado el día y la pena que les daba terminar con el viaje. Al finalizar, pasaron a la Sala Azul para ver el espectáculo de clausura del crucero.

Como había sido habitual durante todo el viaje, Brad era el maestro de ceremonias y al ver a Mónica, le sonrió desde el escenario. Miguel buscaba con la mirada a Paolo y cuando le encontró, fue a contarle los planes para la noche. Volvió todo nervioso como un colegial. A Paolo le había parecido una gran idea. No habría estado bien visto, que un pasajero fuese a la habitación de un empleado, pero al revés, podía parecer menos grave.

El espectáculo tuvo momentos buenos y otros horrores. Hubo hasta un karaoke improvisado. Estaban todos con tantas ganas de fiesta, que hasta Mónica subió a cantar con Miguel una canción de Queen: “Show must go on”. Muy apropiado para ese momento de sus vidas. Bebieron unos cuantos cocteles, bailaron todo y más ... Ambos amigos estaban disfrutando de la última noche como lo que era, la última noche de sus vacaciones y lo hicieron a conciencia.

Al terminar, estaban cansadísimos pero encantados. Llegó el momento de las despedidas. Cuando se despidieron del resto de compañeros de mesa, todo fueron buenos deseos de volverse a encontrar algún día.

Tanto Mónica como Miguel, al despedirse de Fernando y Mari Paz, sabían que su relación iba a continuar de alguna forma, se habían convertido en unos tíos lejanos para ellos. Se abrazaron emotivamente durante largo rato.

Y llegó el momento en que Mónica iba a desembarcar para irse con Brad.

—Gracias Miguel. Sin tu cabezonería no habría venido. No habría visto que el trabajo y el dinero no lo es todo en la vida. Y no me habría encontrado con Brad de nuevo. Gracias.

—Espero que, a partir de ahora, no tenga que ejercer tanto de médico. Creo que Brad va a ser bueno para tu salud. Nos vemos en Madrid.

Y se fundieron en un abrazo. Un abrazo de esos de oso, que reconfortan y te hacen sentir la persona más querida del universo. De esos, que no tienen final, pues sabes que volverán a ocurrir.

Miguel, cogido de la mano de Paolo, contempló cómo desembarcaban Mónica y Brad.

Mónica, junto a Brad, se dio cuenta de que su vida iba a cambiar y no podría controlar hacia dónde. La sensación de que se precipitaba hacia el vacío la embargó, notó mariposas en el estómago y eso la llenó de emoción.

Y así sin más, con la ayuda de Brad y sobre todo de Miguel, Mónica encontró la luz que, sin saber, había perdido.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer, especialmente a mi marido Stephan Fuetterer, por ser un corrector con tanta paciencia. ¡Ah! Y por las ideas que ha aportado para que la historia fluya mejor. Gracias.

También quiero agradecer a mi familia, en especial, a mi prima Sonia por su entusiasmo al leerme. A todos mis amigos: José, Pau, Fernando, Susana, David, Fabi, Javi y Mónica por su apoyo y a todos los que han leído el relato y me han dado su parecer.

Y nunca podré dejar de dar las gracias a Mónica Gutiérrez Artero por descubrirme el estilo feelgood.

Acerca del autor

Ginny Bennet



Soy Virginia Rodríguez y Ginny Bennet es mi seudónimo para mis novelas. Llevo más de 10 años escribiendo en mi blog “Entender la Belleza” y al descubrir el estilo feelgood pensé que podría escribir algo más. Mi objetivo es crear un oasis agradable y de bienestar mediante lecturas ligeras y entretenidas con finales felices que provoquen un viaje interior a la vez que desconectan al lector del mundanal ruido. Si lo consigo, sentiré que he cumplido mi propósito.

Después de “Una vida contiene muchas vidas” empecé casi sin pausa a escribir “Sweet Symphony”, mi segunda novela. En ella, relato mi propio crucero fluvial por el Danubio como parte de la trama, describiendo todos los lugares pintorescos que conocimos. Espero que mi segunda historia también provoque ese oasis en tu vida para que lo puedas disfrutar cuándo más lo necesites o te apetezca.